ISABELLA CLARA EVGENIA

Hispaniarum Infans, atque ALBERTI PII Austriaci Belgarum Principis nuper coniux, ob pietatem, ac regias virtutes toto orbe clarissima A° 1633 Kalend. Decemb. mortua Bruxel. aetat. 67.

Illustrissimo D. CAROLO DE OSTRIQVE

hanc tabulam [illegible] Alexander Voet D.D. fecit et ex.

Fot. Lacoste.-Madrid.

TOMO XLIX. **Julio, 1906.** CUADERNO I.

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

INFORMES

I.

CORRESPONDENCIA

DE LA

INFANTA ARCHIDUQUESA D.ª ISABEL CLARA EUGENIA DE AUSTRIA

CON EL DUQUE DE LERMA

APÉNDICE

I

Lo que se hizo en el llevar y dar la Rosa á la Señora Infanta Doña Isabel (1).

Domingo á cinco de Marzo á las ocho y media de la mañana fueron el Almirante y el Duque de Medinaceli y D. Pedro de Medicis y el Conde de Lemos en casa del Nuncio, acompañados de muchos señores y caballeros desta Corte. Luego salió el señor Juan Francisco (2) en un caballo blanco, y le tomaron en medio el Almirante y el Conde de Lemos, y delante dellos iba monseñor Rota, y llevaba la Rosa en la mano delante dél. Iban luego el Duque de Medinaceli y D. Pedro de Médicis y el Duque de Sancta Gemines y muchos señores y caballeros. Y assi fueron á Palacio derechos á la capilla y puesta la Rosa sobre el altar, se volvieron á salir, yendo al aposento del Principe nuestro señor; el cual salió con el señor Cardenal Archiduque, yendo el señor Juan Francisco Aldrobandino delante con los Grandes, y detras de SS. AA. iba el Nuncio y los Embaxadores del Emperador y

(1) Biblioteca de la Real Academia de la Historia. F. 33.

(2) Aldobrandino, sobrino del Papa.

Venecia. Entraron en la capilla, y S. A. y el señor Cardenal se fueron á la cortina y los Embaxadores á su banco y los Grandes al suyo. Más arriba del banco de los Embaxadores estaba una silla rasa y delante un banquillo cubierto de terciopelo, como había estado el dia del estoque, donde se sentó el señor Juan Francisco. En el banco de los obispos el de Málaga y el Obispo Capellan mayor y el Obispo de Galipuli y el Obispo de Córdoba y el Obispo de Oria y monseñor Rota. Dixose la misa con gran solemnidad por los capellanes y predicó Terrones, la mitad del sermon del Evangelio y la otra mitad lo que significa la Rosa y el origen de la ceremonia. Acabada la misa, se vistió el Nuncio del alba, stolla, capa y mitra; echó la bendicion y luego se sentó en una silla en medio del altar, y llegó monseñor Rota y besando un breve de su Santidad, se lo dió, y uno de los ministros lo leyó; que en substancia decia: que enviaba aquella Rosa á la Infanta y que él se la diese. Y luego salió el Príncipe nuestro Señor y el Cardenal Archiduque con los Grandes, y fueron al cancél, y tambien el Juan Francisco, en el cual habian estado oyendo la misa y sermon el Rey nuestro señor y la señora Infanta, por una ventanilla. Salió S. A. al altar, yendo delante della (1) los Grandes y Juan Francisco, y á los lados el Principe y el Cardenal, y detrás las dueñas y mi señora la Marquesa de Velada y las damas (2). Llevaba la falda la señora Jacincurt, por estar mala la Camarera mayor. Asi fueron hasta el altar, donde pusieron un paño de brocado y una almoada, y la señora Infanta se hincó de rodillas; y habiendole dicho el Nuncio ciertas oraciones, la dió la Rosa, la cual S. A. tomó y besó; y volviendo con el mismo acompañamiento se entró por donde habia salido, y S. A. se volvió á su cortina; y entonces el preste dixo el postrer Evangelio; y acabado, S. A. y el Cardenal salieron y se fueron á su aposento; y allí se despidieron los Embaxadores y el señor Juan Francisco. Y el Conde de Lemos los llevó á todos los italianos á su casa y

(1) Salió vestida con una saya grande de raso morado bordado de perlas y oro.

(2) Cogidas de las manos de dos en dos.

á otros señores españoles, y les dió un gran banquete y despues les hizo un torneo en un jardin de su casa, y con esto se acabó la fiesta de la Rosa.

II

Relacion de los casamientos de la Reina Doña Margarita, nuestra señora, é Infanta Doña Isabel Clara Eugenia de Austria, y recebimientos que se hicieron en Ferrara, por el mes de Noviembre del año de 1598, y de todo lo demás que allí pasó. Enviada por el Duque de Sesa, embaxador en Roma, á su agente Juan Diez de Valdivielso, jurado de Granada (1).

Luego que el Papa (2) entendió que S. M. (3) se iba acercando á Trento, envió al arzobispo Matenchi á visitar á S. M. y acompañarla hasta llegar á esta ciudad, el cual llegó más allá de Trento, y habiendose juntado en aquella ciudad el Sr. Archiduque Alberto, y despues más acá llegado el Condestable de Castilla, y Duque de Gandia, y la Duquesa de Gandia, y Frias, y Condesa de Haro, con toda la gente que salió con ellos de Milan, juntos todos prosiguieron su camino; y en un lugar 50 millas de aquí, salió el Cardenal Aldobrandino como Legado, por orden de S. S. á visitar á S. M., y luego se volvió. Y habiendo llegado S. M. á Ostia, lugar del Duque de Mantua, 30 millas de Ferrara sobre la ribera del Po, se detuvieron allí dos dias.

El jueves 12 de Noviembre, se embarcaron S. M. y AA. con todos los demas, y en llegando al confin deste Estado, hallaron al Patriarca Biendo y Obispo de Módena y dos camareros secretos de S. S. que fueron á hacer cumplimiento de parte de su Beatitud, y vinieron á hacer noche á una casa de campo, tres millas de aquí, llamada la Isola, que les tenia SS. apercibida; y Juan Francisco Aldobrandino y los Obispos de Ancona y de Cervia estuvieron allí esperando á S. M. de parte de S. S., á donde tambien fueron el Duque y Duquesa de Sessa. Y porque

(1) Relación rarísima, impresa en Granada, 1599.—Cuatro hojas en fol.
(2) Clemente VIII.
(3) La Reina Doña Margarita.

en la dicha casa no pudieron caber sino S. M. y AA., la Camarera mayor y las damas, se vinieron á Ferrara el Condestable y su muger y la Condesa de Haro y el Duque de Gandia, que todos fueron huéspedes del Duque de Sessa, y otros caballeros españoles se vinieron tambien aquella noche y los hospedaron los Cardenales de Guevara y Dávila.

Y otro dia por la mañana, á 13, volvieron todos á la dicha Isola para asistir y acompañar á S. M.; y despues de comer temprano, envió S. S. á los Cardenales Bandino y San Clemente, á quien el dia ántes en el Consistorio que hizo para recibir el Legado de Francia, los crió Legados para el dicho efecto; y el Sr. Archiduque Alberto, los salió á recibir lexos de la dicha casa, y vino con ellos hasta el aposento donde los aguardaba S. M. y la Sra. Archiduquesa. Allí se movió un poco de rumor sobre la ceremonia, porque el Obispo de Cervia pretendia que S. M. habia de salir hasta la puerta del aposento á recibir los Legados, pues el Rey nuestro señor les suele salir á recibir fuera de la ciudad, á quien el Condestable y el Duque de Sessa replicaron que no era costumbre de las Reinas de España hacer aquello con nadie: y así salió S. M. dos ó tres pasos, y hecho los Legados su cumplimiento, se sentaron S. M. y la Sra. Archiduquesa (su madre) debajo del dosel, y se pusieron sillas para los dichos Legados y para el Sr. Archiduque, como se acostumbra; y de allí á un rato se levantó S. M. para venir á Ferrara, y los Legados la llevaron en medio hasta dexarla en una carroza de terciopelo carmesí, que S. S. envió á presentar á S. M.; y en entrando S. M. y su madre en la carroza, los Legados se despidieron y se fueron, y el Sr. Archiduque subió á caballo y se puso delante la carroza, y llamó al Condestable y al Duque de Sessa, y los demás fueron delante; y detrás venian las literas y carrozas de las señoras y damas, y después la compañia de los Archeros, y en el camino se encontraron dos compañias de lanzas de la guardia de S. S. y otra de arcabuceros á caballo. Y llegados cerca de la ciudad, en una campaña rasa, donde se habia hecho y aderezado á posta una casa de tablas, se apearon solamente S. M. y AA., la Camarera mayor y el Condestable y otros pocos; y los dichos

dos Legados en sus mulas en hábito pontifical, vinieron hasta la puerta de la dicha casa á esperar que S. M. se pusiese á caballo en una haca que S. S. mandó tener prevenida, con sillon y gualdrapa de brocado, y otra con sillon y gualdrapa de terciopelo morado con guarnicion de oro para la Sra. Archiduquesa. Y aunque por venir S. M. de luto (1) no conformaban los aderezos de las dichas hacas, por ser enviadas de S. S., no pareció que se podia ni debia dexar de entrar en ella. S. M. se puso entre los dichos Legados, y el Sr. Archiduque y la Sra. Archiduquesa solos detrás y luego la Camarera mayor en litera, porque, segun el ceremonial, dixeron que no habian de entrar á caballo, y detrás hasta seis ó siete carrrozas de señoras y damas. Y luego vinieron los Obispos en sus mulas, con capas de pontifical, y detrás los Archeros y últimamente una compañia de lanzas de S. S. Y delante de S. M. los Grandes y los demás caballeros de la Corte, todos de luto de camino, con los cuales se fueron mezclando los caballeros ferrareses, que salieron acompañando al Colegio; y más adelante iban las familias de los Cardenales y sus balixas, y otras dos compañias de lanzas y arcabuceros de S. S., caminando todos por esta orden, y la guardia de á pié de los Suizos de S. S. más cerca de S. M. y adelante los otros alabarderos de S. M. y Altezas.

Los Cardenales en forma de Colegio esperaron fuera de la puerta y puente del foso, en sus mulas, de pontifical, con sus maceros adelante á caballo, y comenzando el más antiguo, que fue el de Florencia, llegaronse todos sin apearse á hacer cortesia á S. M. y AA.; y el Decano, como se acostumbra, pasó adelante, y por su orden todos los presbiteros, quedándo los Diáconos atrás; y entre los dos más antiguos, que fueron Esforza y Montalto, entró la Reina nuestra señora, y luego inmediatamente la Sra. Archiduquesa y el Sr. Archiduque, solos ambos á caballo, como está dicho. Y porque cada Cardenal trae su macero, y por la misma antiguedad que sus amos, van las dichas mazas de dos en dos delante el Colegio, pretendió el Maestro de ceremonias

(1) Por la muerte de Felipe II.

que los Grandes no habian de ir entre las mazas y el Decano, sino más adelante de los maceros; y no pareciendo lugar decente, ni tiempo para disputarlo, ni hacer rumor allí, acordaron el Condestable, el Duque de Sessa y los demás de salirse del acompañamiento y irse á esperar á Palacio, donde se hallaron al apearse S. M., que con la orden dicha hizo su entrada por la puerta que llaman de los Angeles, donde estaban pintados los escudos de armas de S. S. y del Rey y Reina nuestros Sres., y de la Sra. Infanta y del Sr. Archiduque. Y á la parte de fuera estaba un escrito, que decia: *Angeli gaudent mortales exultat Margaritam Augusti sanguinis pietatis virtutumque omnium splendore lucidissimam simul latissimè excipiunt.* Y á la parte de dentro estaba otro que decia: *Urbem adventus tui lumine illustratam Regina redde nunc hospitio gloriosam.* Los mismos escudos de armas estaban tambien en la puerta de Palacio, y otro escripto encima que decia: *Philippo et Margaritæ Austriacis Imperatorum gloria suaque pietate inclytis, ut Catholicorum Regum soboles propagetur, matrimonium diuinitus coniunctis anni multi liberorum copia, perpetua fælicitas.* Desta puerta se entra en un gran patio, donde se apearon los Cardenales, y S. M. y AA. al pié de una escalera grande de madera hecha á posta; y allí se trocaron los dos Cardenales diáconos que asistian á S. M. y quedaron solos Farnesio y Santiquatro, porque Esforza y Montalto se fueron á vestir á S. S. para salir al Consistorio público, y con ellos los demas Cardenales, para esperar alli á S. M., que con los dichos Farnés y Santiquatro subió á un corredor y llevaron á S. M. á un aposento donde se entretuviese hasta que S. S. huvo llegado al Consistorio, y todos los Cardenales dado á su Beatitud la obediencia, y luego fueron Esforza y Montalto á donde estaba S. M. y se vinieron Farnés y Santiquatro á hacer el mismo acto de obediencia.

Y en este tiempo Bernardino Escot, abogado consistorial, hizo una oracion delante de S. S. en alabanza de su Beatitud y del Rey y Reina nuestros señores y del Sr. Archiduque y de la Sra. Infanta, con algunas comparaciones de la Reina Sabá y de Salomon muy á propósito. Y aun no habia acabado, cuando vinieron los dichos dos Cardenales Esforza y Montalto y en medio

dellos S. M. y detrás SS. AA. y luego las señoras y damas: por el dicho corredor se entró en una gran sala que estaba aderezada de muy buena tapiceria de la historia de Ioseph, y sesenta hachas encendidas en candeleros de madera colgados del techo, y en el testero estaba el solio de S. S. sobre gradas, como se suele, y los bancos de los Cardenales á un lado y á otro, y los Embaxadores del Emperador y de Venecia, que el de Francia y Saboya no estaban aqui, en las últimas gradas del solio junto á S. S., en pié y descubiertos, y la sala tan llena de gente que á penas se podia pasar.

Su Beatitud estaba en su silla con capa y mitra de pontifical, y subieron al solio solamente la Reina nuestra señora, que besó el pié y la mano á S. S., y su Beatitud la abrazó con gran demostracion de alegria, y luego llegó el Sr. Archiduque que hizo lo mismo, y le dió S. S. tres abrazos mostrando mucho contento. Despues llegó la Sra. Archiduquesa, que tambien besó el pié y la mano á S. S., y al instante por no detener allí más á S. M., se levantó S. S. y baxó á pié las gradas del solio, y despues se puso en su silla pontifical y le llevaron á su aposento. S. M. y AA. se detuvieron en el solio con los dos Cardenales Farnés y Santiquatro; y eran ya dos horas de noche, y pasado el tropel de la gente se fueron S. S. y AA. á sus aposentos, acompañada de los dichos dos Cardenales, que llevaron á S. M. en medio, y detrás SS. AA. y luego la Duquesa de Gandia, la de Sessa, y la de Frias y la Condesa de Haro, y detrás dellas veinticuatro damas que vienen en servicio de S. M. y de su madre. Tambien iban acompañando á S. M. el Duque de Sessa, el Condestable, el Duque de Gandia, el Principe de Orange, el Duque de Humala y Conde de Barlemont, caballero del Tuson, y los demás señores y caballeros que vienen sirviendo á S. M. y AA.; y al un lado y al otro iban las guardas de S. M. y AA.; todos vestidos de negro.

S. M. posó en un cuarto del dicho Palacio; y la sala principal estaba colgada de una tapiceria muy buena de seda y oro, de la historia de nuestro padre Adan; y el aposento más adentro de terciopelo carmesí con pasamanos de oro: el tercer aposento de

unas telas de plata labradas de seda verde y roxa, á forma de parras con racimos de ubas. En esta estaba un dosel de brocado de plata y oro con dos piernas de la misma tela labradas de seda de matices á figuras. Debaxo del dosel estaba una tarima con dos gradas con un sitial de damasco carmesí y una silla de espaldar de terciopelo de la misma color y sus franjas de oro y seda, en donde se asentó la Reina nuestra señora. Luego que se hubieron ido los dos Cardenales dichos, que la acompañaron hasta allí, y en dos almohadas, á mano izquierda de S. M. se asentó su madre, y á la otra parte estaba la Duquesa de Gandia, camarera mayor de S. M., en pié, y en un tapete que estaba abaxo de la tarima, se asentó la Duquesa de Sessa, la de Frias y la Condesa de Haro. Entró tambien en el dicho aposento el Sr. Archiduque, y de allí á un poco se fue á su aposento, que estaba en otro cuarto aparte, acompañado de las guardas y de todos los señores y caballeros dichos; y media hora despues entró S. M. y su madre en un aposento más adentro, que era el en que habia de dormir S. M.; y estaba colgado de telas, una pierna de plata y otra de oro y seda carmesí, y una cama de lo mismo muy buena: que todo ello habia mandado hacer S. S. nuevo, y alrededor de la cama habia sus barandas, como las suele tener S. S. en las suyas, y una mesa con sobrecubierta de lo mismo y un dosel grande de las mismas telas, y dos tapetes; el uno que tomaba la mitad del aposento y el otro una parte para el asiento de las señoras; y junto á la cama habia un sitial pequeño cubierto de terciopelo carmesí y encima una imagen para poderse S. M. arrodillar á hacer oracion. Más adentro habia otro aposentillo colgado de tela de plata y seda azul con su rizo de oro y perfiles de seda carmesí, y una cama de tela de plata con las cortinas de tela de oro y azul, y las çanefas y caídas de la misma tela de plata labrada de seda de matices á figuras, para la Duquesa de Gandia. Mas adentro habia otros muchos aposentos para las damas y criadas de S. M. La Sra. Archiduquesa tenia sus aposentos en el mismo cuarto separados. La sala estaba colgada de damasco carmesí con pasamanos de oro, y dos aposentos más adentro de lo mismo, y en el tercero

estaba una cama de damasco carmesí y aforradas las cortinas en velo de plata muy bueno, y otro aposento más adentro colgado de tafetanes amarillo y carmesí. El cuarto del Sr. Archiduque estaba distante deste, y con seis aposentos á la hila y otros dos al lado: los primeros colgados de tafetanes amarillos y azules, y los otros de damasco amarillo y carmesí, y dos camas de damasco colorado, grandes, la una en el cuarto aposento, y la otra en otro más adentro. En el tercero habia un dosel, conforme á la cama de la Duquesa de Gandia, y debaxo su silla, y en tierra un paño de damasco colorado por sitial. Aquella noche cenaron S. M. y su madre en su aposento, y el señor Archiduque en el suyo.

Otro día, sábado, 14, oyeron S. M. y SS. AA. misa rezada de S. S. en su capilla secreta, y los convidó á comer; y entre tanto que traian la comida, estuvieron en el aposento donde S. S. duerme, sentado S. S. en su silla debaxo de dosel, y á la mano derecha la Reina nuestra señora y la Sra. Archiduquesa, y á la izquierda el Sr. Archiduque; que allí les truxeron de lavar los camareros secretos de S. S., y su Beatitud se lavó en pié y el señor Archiduque le dió la tohalla, y á S. M. se la dió el Condestable. Sentose S. S. en mesa aparte, y en otra pero desviada y igual, en la misma hacera que estaba S. S. pusieron una silla de terciopelo carmesí con espaldar pero sin brazos, con almohada de terciopelo para S. M., y cabe ella un banquillo de madera pintado, con espaldar, para la Sra. Archiduquesa, y otra semejante para el Sr. Archiduque. Y viendo S. M. que su madre no tenia almohada, le dió la suya, y luego truxeron otra para S. M. En la comida sirvió á S. M. la copa el Condestable, y la servilleta y tohalla el Duque de Sessa; y el de Gandia levantaba los platos; y de trinchante y panetier servian dos camareros secretos de S. S., y los demás traían la vianda; y aunque permitieron que en la bebida se traxese servilleta á S. M. y á SS. AA., no quisieron que se les pusiese salva, diciendo que conforme al ceremonial solamente se ha de servir con ella á S. S. Acabada la comida se quedaron solos con S. S., S. M. y AA.; y el Sr. Archiduque fue el intérprete; y aquella tarde y los demas dias man-

dó S. S. que hubiese máscaras por las calles como en Carnaval.

El domingo por la mañana fue primero S. S. á la Iglesia Mayor, que está enfrente del dicho Palacio, y sobre las puertas della estaban puestas las armas de S. S. y de SS. MM. y AA. Esperó S. S. en una capilla, y S. M. y AA. fueron á pié acompañados en la misma forma con los señores y caballeros y señoras y damas dichos, sin Cardenal ninguno, y con sus guardas de á caballo y á pié, todos vestidos de terciopelo negro, y la del Condestable de terciopelo carmesí y tafetan amarillo, y todos á la tudesca, que parecian muy bien; y las del Papa se pusieron en la plaza que estaba entre la iglesia y palacio. Este dia S. M. y AA. y todos se vistieron de gala. S. M. salió con una saya de velo de plata aprensado y la guarnicion bordada de oro y muchos diamantes por toda ella, y un collar y cinta y puntas y una pluma de diamantes, todo de grande valor, y un copete no muy alto, con un tocado lleno de perlas, una gorguera no muy grande pero muy buena. Su madre salió de negro. Y el Sr. Archiduque con cuera y calzas de tela de plata y una capa de terciopelo negro con dos fajas bordadas de plata y oro, y aforrada en velo de plata prensado de la misma manera, y en la cuera botones de oro con un diamante en la punta, y asimismo en la capa como en todo el vestido, y una gorra de terciopelo negro llano, con un aderezo de diamantes y un mazo de ayrones. El Duque de Sessa, que se desposó con el Sr. Archiduque con poder de la Sra. Infanta, iba vestido calzas y ropilla de raso blanco, todo bordado de plata, y su capa de terciopelo negro con dos fajas bordadas de plata, y todo el campo quaxado con unos cardos de plata de cañutillo y aforrada en velo de plata prensado; y la gorra, cuera y capilla de la capa aderezada con muy buenos diamantes, y una cadena tambien de diamantes, de que colgaba un hábito de Calatrava de oro y rubies. Todos los demas señores y caballeros fueron asimismo vestidos de blanco pero diferentes con muchas joyas y muy buenas, y entre otros el Condestable, el Duque de Gandia, el Príncipe de Orange, el Duque de Humala; el Condé Barlemont fue negro con su Tuson; y el hijo del Duque de Sessa de amarillo, calzas y ropilla y bohemio de raso, todo bordado de

oro y plata y con muchos diamantes en el bohemio, ropilla y gorra, y en ella un gran mazo de ayrones. Todos los dichos señores y caballeros traian vestidos á sus criados de libreas todas diferentes muy buenas, que parecieron muy bien. Y por esta orden entró S. M. en la Iglesia, y despues de haber hecho oracion, se puso en su cortina con su madre, que era una pierna de tela de plata y otra de oro y carmesí y franjas de oro, puestas sobre tres gradas; y el Sr. Archiduque se pasó á la suya, que estaba enfrente sobre una grada, y era de damasco carmesí con franjas de oro. Los Grandes se sentaron en su banco, á la parte de la cortina de S. M., por esta orden: El Duque de Sessa, el Condestable, el Duque de Gandia, el de Humala, y el Príncipe de Orange; y al Conde de Barlemont, por ser del Tuson y gustar dello el Sr. Archiduque, se le puso un banquillo á la parte de la cortina de S. A. y todos los demás estuvieron en pié y descubiertos, en la forma que se acostumbra en la Capilla Real, y á las señoras y damas se les dió lugar en un hueco de un arco que estaba entre la cortina de S. M. y el altar á un lado, el cual se colgó y cerró defuera con tablas y de dentro de tapiceria, y en el suelo se puso una tarima una grada en alto, cubierta de un tapete grande; y á las mugeres de Grandes se dió solamente almohadas, que se sentaron por esta orden: La Duquesa de Gandia, camarera mayor, más cerca de la cortina, y luego la de Sessa y la de Frias y la Condesa de Haro, y Doña Ana de Velasco y Doña Francisca de Cardona, hijas del Condestable y del Duque de Sessa, todas las cuales estuvieron vestidas en esta forma. La Duquesa de Frias con un mongil con talle de raso pardo, bordado todo el campo de oro y plata de cañutillo, con dos bordaduras angostas de lo propio, cinta y collar de piedras y ojales de la misma manera, toca de gasa blanca y una flor de perlas gruesas, mangas de tela de oro rizas, su manto de soplillo. Y la de Sessa, basquiña y jubon de tela de plata rizo, la basquiña con tres bordaduras de oro y plata de cañutillo, ropa de terciopelo negro prensada, bordada de oro y plata de cañutillo, la guarnicion ojales de perlas y cadena de lo propio, puntas de oro llenas de ambar en lazadas blancas, toca de gasa y plata, hecho un to-

cado alto al modo que agora se usa, manto de gasa. La Condesa de Haro con saya de tela de plata bordada, el campo de oro de cañutillo con la guarnicion de lo propio, manguillas de lo propio bordadas de oro y plata de cañutillo, cinta y collar y ojales de diamantes, puntas de perlas con lazadas de plata, un tocado alto lleno de perlas gruesas, manto de gasa. Doña Ana de Velasco con saya de raso encarnado de oro y plata guarnecida de pasamanos de oro y plata rizos, cinta y collar de diamantes y rubies, y asientos de la misma manera, tocado alto de oro y plata, sin manto. Doña Francisca de Cardona saya de tela de plata y oro y seda de matices de colores guarnecida con un pasamano de oro rizo, manguillas de tela riza, cinta de ambar y dos vueltas de cuentas de ambar gruesas, á la garganta puntas de oro llenas de ambar, ojales de diamantes, las puntas en lazadas blancas, tocado de plata sin manto. Todas las dichas con avanillos y arandelas á la española. La Condesa de Mansfelt, flamenca, viuda de tres maridos, llevaba saya de terciopelo negro llana, á la francesa, con una guarnicion muy pequeña de avalorio y vidrios negros. Toda la cuera de la saya bordada de lo propio, tocado de volante blanco con muchas perlas gruesas en ella, el cabello rizo rubio, en un lado puesto un alacran de diamantes y otras florecillas de lo propio sembradas por el cabello, cuatro vueltas de perlas menudas puestas á raiz de la garganta, con una sortija de diamantes que las detenia, con lechuguilla á la francesa, sin manto. Otras cinco damas flamencas, que van á servir á la Sra. Infanta, con sayas de terciopelo negro, vestidas y tocadas á la francesa y sin joyas. Otras dos damas tudescas de la Reina nuestra señora vestidas tambien de terciopelo negro á la tudesca y tocadas casi como las francesas.

- El altar en que S. S. dixo la misa, estaba en medio de la capilla, de manera que dividia el coro de S. S. y de los Cardenales y de la capilla de la Reina: y S. S. dixo la misa vuelto el rostro al pueblo, y las gradas del solio de S. S. estaban cubiertas de un paño colorado y la silla de tela de oro; y á la mano izquierda, á la parte de la epístola más abaxo del banco de los Cardenales habia otra silla cubierta de tela de plata, donde se

viste S. S., y conforme es costumbre tener las capillas S. S., guardándose en ella la orden que se suele. Y aunque al Sr. Archiduque se le habia concedido lugar entre los Cardenales presbíteros, precediendo á los tres presbíteros más nuevos, que hasta aora no se ha dado mejor ni tan bueno á nadie que no sea Rey ó Príncipe primogénito, porque á los Reyes les toca sentarse despues del decano, y á los primogénitos despues del primer preste, todavia S. A. escogió la dicha cortina en la capilla de S. M. para acompañarla en la forma que el Rey nuestro señor, que haya gloria, lo tenia ordenado.

Estando S. M. y AA. en sus cortinas, vino S. S. en su silla pontifical con tiara, y los Embaxadores del Emperador y Venecia y los Cardenales y Obispos delante, revestidos con mitras, y bajó de la silla á hacer oracion al altar, y los Cardenales y Obispos y Embaxadores se pusieron en sus lugares, y S. S. en la silla dicha cubierta de tela de plata, donde suele vestirse para celebrar la misa de pontifical.

Acabado el ofertorio y puesto S. S. en la silla del solio, asistiendole los dos Cardenales diáconos más antiguos, vinieron Farnés y Santiquatro con sus dalmáticas y mitras á acompañar á S. M. al solio, donde se habia de celebrar el desposorio, ceremonia que solo se ha usado con la Emperatriz, yendo S. M. entre los dichos Cardenales, permitieron solamente que fuesen delante los Mayordomos del Sr. Archiduque con sus bastones, los Grandes y el Conde de Barlemont, y detrás de S. M. iban SS. AA., la Camarera mayor y las demás señoras y damas. Y llegada S. M. al altar hizo su acatamiento, y pasando entre los bancos de los Cardenales, se pusieron todos en pié, y saludaron á S. M. quitándose las mitras; y subida S. M. y el Sr. Archiduque por representar la persona del Rey nuestro señor, estuvo á la mano derecha; y en las gradas del solio estaban solamente la Sra. Archiduquesa y el Cardenal decano y algunos otros y los Embaxadores; y un Protonotario leyó primero el poder, y luego S. S. preguntó al Sr. Archiduque en latin, si queria tomarla por esposa en nombre del Rey nuestro señor. Respondió S. A.: *Volo et promitto.* Luego en lengua latina preguntó S. S. lo

mismo á la Reina nuestra señora, y D. Francisco de Diatristan, camarero secreto, interpretó en tudesco las palabras de S. S., y S. M. se volvió á la madre y le hizo reverencia y le pidió liciencia para dar el sí, que lo dixo en tudesco, y D. Francisco de Diatristan lo intepretó á S. S. en latin y en voz alta. Y luego su Beatitud se puso en pié, y bendixo con ciertas oraciones una sortija de un rubí con dos manos al Sr. Archiduque, y S. A. lo puso en el dedo á S. M. Despues dixo S. S. todas las oraciones y bendiciones que se suelen decir en las velaciones, aunque la misa no fue de esposos sino del Espíritu Santo; y acabadas, el Sr. Archiduque y S. M. le besaron el pié y la mano, y su Beatitud los abrazó. La Reina nuestra señora y su madre se volvieron á su cortina con el mismo acompañamiento; y el Sr. Archiduque y el Duque de Sessa se quedaron á celebrar el casamiento de la Sra. Infanta, que se hizo con la misma solemnidad y ceremonias, y se volvieron á sus puestos, tornando los Grandes y mayordomos á acompañar á S. A. S. S. prosiguió la misa, y al tiempo del incensar, incensó tres veces á la Reina nuestra señora un Obispo de los asistentes de S. S. con su capa de coro y sin mitra; y acertó á tocar á Mos. de Osat, francés, uno de los procuradores que envió el Rey de Francia cuando su abjuración; á la Sra. Archiduquesa y al Sr. Archiduque incensó dos veces un refrendario con su sobrepelliz. El Evangelio no se dió á besar á nadie sino al Papa. La Paz truxo á S. M. y AA. el subdiácono que cantó la epístola en latin, y no el diácono que cantó el evangelio por ser Cardenal, y no la truxo Obispo por tocar á uno destos dos.

Despues que S. S. en su solio subió el Santísimo Sacramento, volvieron los dichos dos Cardenales diáconos á llevar á S. M. para comulgar de mano de S. S., y no fué otra persona con S. M. sino la Camarera mayor, que llevaba la falda, y recibido (por) S. M. el sacramento la truxeron al altar, donde el Cardenal diácono, que dixo el Evangelio, le dió en un caliz el lavatorio y se volvió á su cortina. Luego fue á comulgar la Sra. Archiduquesa, y el lavatorio se lo dió el subdiácono, y de la misma manera llegaron á comulgar despues el Sr. Archiduque

y el Duque de Sessa, puesto su manto de Calatrava, cada uno de por sí; y vueltos á sus puestos baxó S. S. al altar á acabar la misa, y echada la bendicion le pusieron en la silla de pontifical, vueltas las espaldas al altar; y los dichos dos Cardenales diáconos volvieron á acompañar á S. M., que fue á recibir la rosa de mano de S. S., y vuelta á su cortina, su Beatitud en la misma silla y forma que habia entrado, se fue á Palacio, acompañado de los Cardenales y Embaxadores y Obispos; despues S. M. y AA. acompañados de su Corte y guardias se fueron á pié como habian venido, llevando el Conde de Barlemont la Rosa alta delante de S. M.

Este dia por ser tarde y haber quedado S. S. y todos cansados, no convidó á comer á S. M. y AA., y así comieron en sus aposentos. A la noche en la misma sala del Consistorio mandó S. S. tener prevenido un festin de cien damas ferraresas hechas máscaras, que parecieron muy bien; y llevaban todas gorras de terciopelo negro con muchas garçotas blancas, y todas muy bien aderezadas de piezas de oro y piedras y otras muchas joyas; y danzaron á su modo delante de S. M. y AA.; y quitadas las máscaras, sacaron los señores y caballeros á danzar, tambien algunas damas de S. M.; y no asistió en él ningun Cardenal sino fue Aldobrandino, á quien se le puso silla, y al ir y volver acompañó á S. M. á su aposento.

Lunes, de mañana, fueron S. M. y AA. á oir misa á un monasterio de frailes de Nuestra Señora del Vado, donde se vée un milagro de muchas gotas de sangre esparcidas en las paredes de una capilla, que dicen salieron de una Hostia consagrada por un clérigo, y ha casi trescientos años que sucedió. Tambien fueron á hacer oracion á otro monasterio de S. Vito, y oir la música de las monjas, que la hay allí muy buena, y comieron con S. S. en la misma forma; y en el foso del castillo donde caian las ventanas del aposento de S. M. hicieron fiesta en barcas mugeres vestidas de librea.

El martes oyeron S. M. y su madre y todas las damas misa rezada de S. S. en su capilla secreta y las comulgó de su mano, y á todas las demas criadas y forasteras que han venido con

S. M., que pasaron de ciento. S. S. ha visitado á S. M. en su aposento, y ha hecho cuantas demostraciones ha podido para honrar y festejar á S. M. y AA.; y demás de los que han posado en Palacio, ha mandado dar posadas y hecho la costa á cuantos han venido, segun la calidad de las personas, salvo los que han sido huéspedes de los Cardenales Dávila y Guevara y del Duque de Sessa. Todos los cardenales, que aquí se han hallado presentes, han visitado á S. M. y AA. y el Sr. Archiduque les ha vuelto las visitas y honrádolos tanto que han quedado muy satisfechos y S. S. con mucho gusto.

Habiendo S. M. resuelto de partir el miércoles por la mañana, la noche ántes envió S. S. á decir al Duque de Sessa, que conforme al ceremonial, S. M. habia de salir acompañada del Colegio en la forma que entró, y que así estaria aparejado, por no faltar en ninguna de las honras que se debian á S. M.; pero que si por haber de ser la jornada algo larga, queria excusar el embarazo y detencion desta ceremonia y el trabajo de salir á caballo, el Colegio se juntaria en la iglesia, donde S. M. habia de hacer oracion, y la acompañarian á pié hasta ponerla en su carroza. Y habiendo dado cuenta desto el Duque á S. M., á su madre y al Sr. Archiduque, le mandaron que respondiese á su Beatitud, besandole el pié por el favor que en todo les hacia, y escogiendo por más desembarazado lo segundo.

Madrugó otro dia tanto S. M. que fue á la iglesia ántes que se pudiese juntar el Colegio, y así salió en su carroza acompañada de su Corte y de Juan Francisco Aldobrandino y las guardas de á caballo de S. S.; y llegada al rio, se embarcó en los bucentores que estaban prevenidos, y fue á dormir á la Estelata, lugar pequeño deste Estado, 16 millas de aqui, donde mandó S. S. tener prevenido el aposento.

El mismo dia del desposorio, á la noche, envió el Sr. Archiduque al Duque de Sessa una cadena de diamantes, rubies y perlas muy buena; y ántes que se fuese, mandó repartir cuatro mil ducados entre los criados de S. S. que habian asistido al servicio de S. A.; y despues de partida la Reina nuestra señora, se repartieron por su orden entre sortijas de diamantes para algu-

nos perlados, cadenas de joyas de oro para camareros secretos, otros criados de S. S. y capitanes de sus guardas valor de más de doce ó catorce mil ducados; y sin estos se repartieron otros ocho mil ducados, y otros dos mil se dieron de limosnas á monasterios de frailes y monjas y á otras personas particulares pobres de Ferrara; y para la iglesia mandó S. M. que se hiciese un terno en Milan muy rico, y dexó cierta renta perpetua al cabildo, para que cada año el mismo dia que fue el desposorio hagan procesion y digan una misa solene perpetuamente.

La noche ántes que partiesen S. M. y AA., les mandó S. S. presentar tres cuadros guarnecidos de plata, cada uno de su hechura: el de S. M. era de una Nuestra Señora con un Niño Jesus en los brazos, que desposaba á Santa Catalina de Sena; en el de la Archiduquesa está una Piedad; en el del Sr. Archiduque San Jorge. Tenian muchas indulgencias, y los hizo hacer S. S. á posta á Iosepino, y son de las mejores cosas que ha hecho.

III

Relacion de los casamientos del Rey nuestro Señor con la Reina Doña Margarita nuestra Señora, y de los Señores Archiduques Alberto é Infanta Doña Isabel (1).

A los catorce de Abril, miércoles, de 1599 años cumplió S. M. 21 años, hizo la ofrenda dellos, y se partió despues de comer con la Sra. Infanta al lugar del Puche, donde aquel dia habia venido á comer la Reina nra. señora con su madre, y allí se visitaron y juntaron todos cuatro, y estuvieron debaxo de un dosel, los Reyes en medio, y la Sra. Infanta al lado derecho, y junto á ellos el caballero que les sirve de intérprete, y desta suerte pasaron un rato de la tarde y tomaron colacion ellos y todas sus damas; y el Rey nro. Sr. y la Infanta se volvieron á Valencia, y la Reina nuestra

(1) Dos hojas fol.—Sevilla, Imp. de Rodrigo de Cabrera.

señora y su madre á Molviedro (1), habiendo S. M. tenido á la Reina de la mano un rato, á la usanza de Alemaña. Y entró S. M. y S. A. bien de noche y fue muy bien recebido de una muy lucida quadrilla de hasta veinticuatro caballeros de máscara, que le vinieron acompañando á los coches por los arrabales hasta el Real, que fue una gustosa cosa y alegre vista; y allí se regocijaron parte de la noche.

El dia siguiente, 15, en la tarde, lo hicieron algunos de los caballeros de Valencia con una justa de caballo, en la tela que estaba delante de Palacio, estando á los miradores S. M. y la Sra. Infanta, que tambien fue alegre entretenimiento, y le acrecentó una merienda que en aquella sazon envió el Duque del Infantado á todas las damas, de ciento y veinte platos bien concertados y ederezados.

El dia siguiente, 16 en la mañana, salió S. M. por la posta con el Marqués de Denia y los caballeros de su Cámara, camino de Portaceli, que es una legua de Molviedro, donde hay un gran monasterio; y allí comió S. M. y se entretuvo hasta que, ya de noche, vino á San Miguel de los Reyes, monasterio de San Jerónimo fuera de Valencia, que son los arrabales de la dicha ciudad, á donde ya se habia venido la Reina nuestra señora; y allí le hizo una muy breve visita, y se entró en Valencia.

El sábado en la tarde fueron á besar las manos á la Reina nuestra señora al dicho monasterio, las Condesas de Benavente y Miranda con todo el acompañamiento de los Grandes y señores que allí habia; y estaban de galas y con sus libreas; y son todas tan ricas y vistosas que fue una grandeza y cosa para ver. Y á esta hora ya el Sr. Archiduque habia pasado por los arrabales al dicho monasterio encubiertamente en su coche.

El domingo 18 amaneció la ciudad apercebida para el recibimiento de la Reina; y en la primera puerta, que dicen del portal de los Serranos, estaba hecho un arco con algunas figuras de Reyes y Emperadores, y los escudos de las armas de ambas Magestades y las del reino. Las calles por donde habia de ser la en-

(1) Murviedro.

trada estaban colgadas y aderezadas, y en diferentes puestos dellas nueve arcos triunfales, que cada uno tenia una letra de las nueve que hacen el nombre de Margarita, escripta una octava en alabanza de la letra y el nombre. Y esto mismo cantaban algunos muchachos que dentro habia en figura de ángeles. En la plaza grande, que dicen del Mercado, habia un alto y espacioso arco y en el más largo círculo dél algunas letras latinas, y en medio dél, entre los escudos de las armas de los Reyes, pintado un mundo que lo circulaban y hacian dos manos, con una letra que decía:

«Para más, si más hubiera».

Habia encima ocho pirámides con sus estandartes, y en otras cuatro gradas que subian del suelo, en cada una una octava, que decian ansí, hablando con las pinturas que en el dicho arco habia y con la Reina nuestra señora (1).

El mismo dia domingo habia mandado el Rey nuestro señor que á las ocho de la mañana estuviese su casa y los Grandes que en la Corte se hallan, á punto, para el recibimiento de la Reina nuestra señora, en el monasterio de Sant Miguel de los Reyes, cerca de Valencia, de la Orden de San Hierónimo, donde S. M. de la Reina habia llegado la noche ántes. Y los Grandes son los siguientes: El Almirante de Castilla, el Duque del Infantado, el Duque de Nájera, el Marqués de Denia, el Duque de Alburquerque, el Duque de Gandia, el Duque de Hixar, Conde de Belchite, D. Pedro de Médicis, D. Juan de Medicis, el Duque de Umala, el Príncipe de Orange, el Conde de Agamont, Monseñor de Barlamont, el Conde de Benavente, el Conde de Miranda, el Conde de Alva, el Conde de Lemos, el Marqués de los Velez, el Principe de Oria, el Príncipe de Marruecos, el Príncipe de Molfeta D. Fernando de Gonzaga. Y así dende aquella hora comenzaron á salir de Valencia á tropas muchos Grandes, titulados y caballeros, de cuatro en cuatro, y de seis en seis y más, y fueron al dicho Monasterio, donde la Reina nuestra señora estaba.

---

(1) Siguen las cuatro octavas, que no copiamos por ser de mediano gusto literario y no contener concepto alguno interesante.

A las diez y media salió el Almirante de Castilla con grandes galas, libreas y bordaduras, acompañado de muchos señores titulados y caballeros, con grandes y diferentes libreas y galas, y serían en número de más de ciento; que fue cosa bien de ver. A las once salió el Duque del Infantado, acompañado de sus yernos y de otros titulados y caballeros, en número de ciento con muy lucidas libreas y galas muy ricas. Luego salió la ciudad de Valencia, el Justicia y diputados della con grande autoridad y acompañamiento, con sus maceros delante, vestidos con ropas rozagantes.

Con todo el acompañamiento partió S. M. de la Reina del dicho monasterio de San Miguel de los Reyes, viniendo en coche con su madre, y el Sr. Archiduque á caballo, acompañándola hasta la puerta de la ciudad, donde se apeó en una casa y se puso en una hacanea riquísimamente aderezada, con sillon de oro y gualdrapa de terciopelo bordada, vestida de saya grande de tela de plata bordada de oro y perlas de matices. Llevábale la falda Diego Gomez de Sandoval, comendador mayor de Calatrava, hijo del Marqués de Denia, y los caballerizos del Rey nuestro señor á los lados. Y habiendo llegado al dicho portal ó puerta de Serranos, llegó el Justicia y diputados de Valencia y le besaron la mano y recibieron debajo del palio que para ello traxeron, de tela de oro rica, encarnada y blanca, con las varas de plata, llevandolas en la forma que se acostumbra. Y así entraron en la ciudad á las doce del dia, detrás de S. M. Fuera del palio iban la Sra. Archiduquesa, su madre, y á un lado el Sr. Archiduque y tras de SS. AA. la Duquesa de Gandia, camarera mayor de S. M., y al lado izquierdo llevaba á D. Juan Idiaquez, caballerizo mayor de la Reina, y tras de su señoria doce damas españolas y alemanas, vestidas unas al uso de Alemania y otras á lo español, en hacaneas con sillones de plata y gualdrapas de terciopelo, algunas bordadas; y á sus lados los caballeros, Doña Beatriz de Cardona al Marqués de Guadaleste; Doña Beatriz de Mendoza al Comendador mayor de Montalban de Aragon; Doña Luisa Manrique al Conde de Morata. El que envió la relacion, no conoció más: dice que iban todas como es de creer con sayas enteras

grandes bordadas y joyas y gorrillas muy bien aderezadas; y de los caballeros lo mismo.

Delante de S. M. iba el Conde de Alba de Liste, su mayordomo mayor, y al lado la Guarda española y tudesca, y delante el Conde, los cuatro Reyes de armas, y luego en los lugares que pudieron tomar el Duque del Infantado, el Almirante, el de Benavente, el de Alburquerque, el de los Velez, el de Orange, el de Marruecos, Andrea de Oria, el de Gandia, D. Pedro y Don Juan de Medicis, el de Lemos, el de Miranda, el de Hixar, el de Mansfelt, el Duque de Umala y otros Grandes y extrangeros, y los demás títulos y caballeros cortesanos con grandes libreas.

A la puerta de la ciudad había un arco triunfal con las armas Reales y á los lados las de la ciudad y pintados los Reyes que ha habido en ella. En el Mercado huvo otro arco de más arquitectura, que es el que se ha dicho, con muchas geroglíficas y letras, las calles muy bien colgadas, y en las casas de los oficiales y mercaderes desde los tejados hasta el suelo las mercaderías de sus oficios.

S. M. del Rey nuestro señor y la Sra. Infanta estaban en una casa que sale á la Iglesia, mirando la entrada y recebimiento de la Reina, que como llegó á la iglesia mayor se apeó, y salieron á recibir á S. M. de la Reina el Patriarca Arzobispo de Valencia y el Nuncio, vestidos de Pontifical, y la llevaron con el *Te Deum laudamus* delante del Santísimo Sacramento, donde habiéndole adorado y el *Lignum Crucis*, hizo en él cierto juramento que las Reinas acostumbran. Hecho el juramento fue á la cortina, que estaba en un tablado, que del estado de un hombre estaba hecho en medio del crucero. El Rey y la Sra. Infanta por la misma casa do estaban, entraron en la iglesia, y por la parte de la epístola subió al tablado; y al mismo tiempo que la Reina le descubrió, se levantó y salió á recibirle; de manera que por pasos contados llegaron á un tiempo al medio del tablado; y habiendo dicho en latín el Nuncio al Rey nuestro señor que ya sabia S. M. cómo S. S. de nuestro muy sancto Padre, y con poder particular suyo, el serenísimo Archiduque Alberto se habia desposado con la serenísima Margarita, que estaba presente, que si era su voluntad de apro-

balle, lo hiciese. A lo cual S. M. respondió en latin «Aprobo te ratifico»; y habiendo preguntado á la Reina lo mismo, respondió de la propia manera; y el Nuncio dixo que S. S. habia ligado la bendicion de aquel matrimonio y le habia hecho, y aqui se ratificaria para que fuese perpétuo y válido, conforme á la forma de la santa madre Iglesia de Roma. Y luego hizo otro tal acto con SS. AA. la Sra. Infanta y Archiduque Alberto.

Luego salió el Patriarca á decir la misa. Fueron padrinos de S. M. el Sr. Archiduque y la Sra. Infanta, y acabadas las bendiciones dellas, salió el Nuncio á decir otra, en que veló al Archiduque é Infanta; siendo padrinos SS. MM. A esta hora, que serían las cinco de la tarde, salieron de la iglesia, y la Reina se metió en la popa de una carroza muy rica, y á la proa la Sra. Archiduquesa, y á la puerta de la mano derecha la Sra. Infanta: el Rey nuestro señor y el Archiduque tomaron caballos con gualdrapas y guarnicion hornado de oro. De los vestidos y joyas no se atrevió el coronista á hacer relacion. En otro coche iban la Camarera mayor y la Marquesa de Denia, la Condesa de Paredes y la Marquesa de Navares, y en otros coches las demás señoras y y damas.

En Palacio estaba un arco triunfal y desde allí una puente enramada con mucho concierto y architectura; y en llegando á la quadra se sentaron á comer los Reyes y Archiduquesa, Archiduque é Infanta; al Rey le servian y al Archiduque gentileshombres de la boca, y á la Reina, Infanta y Archiduquesa las damas, las cuales dieron lado á los galanes; y acabada la comida, comenzaron el sarao el Conde de Lerma y la hija de D. Sancho de la Cerda y otros galanes y damas, SS. MM. y luego SS. AA., y luego trocados el Rey y la Infanta, y el Archiduque y la Reina; y para acabar salieron tres damas á danzar la hacha, y cada una dió la suya al Conde de Miranda y á Juan Andrea y al Duque del Infantado, que dieron remate al sarao y el principio á la fiesta, que sea para el bien y acrecentamiento que la christiandad ha menester.

Despues se ha dicho que el miércoles 21 deste habia de salir la Sra. Archiduquesa, madre de la Reina, que viene á ver la Em-

peratriz con 24 dias de término para la venida, estada y vuelta, que tambien ha de ver el Escurial. Que para primero de Mayo han de estar juntos los brazos de las Cortes de la Corona de Aragon en Monzon, y que este dia ha de llegar S. M. á jurar los fueros y que le juren por Rey, y que irá con solos los de su Cámara y criados de su casa. Que la Reina nra. Sra., Infanta y Archiduque le esperarán en Denia, y á la Sra. Archiduquesa, y que llegados se irán á embarcar SS. AA. y SS. MM. se vendrán» (1).

IV

Sobre el viaje de los Archiduques desde Barcelona á Génova en 1599. De una copia de carta del Conde de Lemos, que fué con S. A. de paso para Nápoles.

Génova 20 Junio 1599.

(2) «Lunes 7 deste nos embarcamos en Barcelona en compañia de la Sra. Infanta y Archiduque y Archiduquesa, y á la media noche nos hicimos á la vela; y el martes todo el dia caminamos, aunque junto á Palamós tuvimos una borrasquilla de poca consideracion: vinimos á tomar el puerto de Cadaques, dónde estuvimos el dia del Corpus y solemnizamos la fiesta del Sacramento lo mejor que pudimos. Traxo el Santísimo Sacramento el Obispo de Pavia; anduvo en la procesion el Archiduque y los Grandes que íbamos, que eran el Príncipe de Oria, el de Orange, el de Mansfelt, el Duque de Umala y yo. El viernes estuvimos aguardando buen tiempo para tomar el golfo. El sábado salimos con propósito de dar fondo en Colibre, y en pasando el cabo de Cruz mejoró de manera el tiempo que á Juan Andrea (Doria) pareció tomar el golfo; y así le pasamos con el mejor tiempo que

(1) En las *Relaciones históricas* de los siglos XVI y XVII, publicadas por la Sociedad de Bibliófilos. Madrid, 1896: se inserta la «Jornada de S. M. Felipe III y S. A. la Infanta Doña Isabel, desde Madrid, á casarse..... etc.»

(2) De un tomo de Papeles varios. Es copia manuscrita del tiempo.

se podia desear, y dentro de siete horas estábamos ya dado fondo en el cabo de Colonea, donde oimos misa por ser dia de S. Antonio. Luego empezamos á navegar y venimos á dar fondo al puerto de Sormin, por otro nombre de El Padre y del Hijo; por una neblina que sobrevino y temer alguna borrasca, no quisimos pasar adelante. En este puerto tuvimos nueva como en las islas de Ras había galeotas (turquescas): salimos el otro dia por la mañana. Y en llegando á ellas supimos cómo las galeazas habian pasado á las islas de Santa Margarita, á las cuales llegamos á las cuatro de la tarde, de donde descubrimos tres galeotas, muy á dentro en la mar. Quiso la Sra. Infanta que las diésemos caza, y así la empezamos á dar, y á contener la mar y el viento contrario, que si no fuese tan tarde, entiendo que hiciéramos algo de bueno; porque la capitana de Nápoles, que es la en que yo voy tenia ganado el viento á la una dellas: como digo era tan tarde, que nos pareció volver á nuestro camino y así no pudimos hacer nada. Una hora de noche sobrevino un viento tan recio por proa que nos hizo correr á la vuelta de Córcega. Amainó algo el tiempo y volvimos atrás y venimos á tomar el puerto de Antibo, que es el postrero de Francia, donde estuvimos aquel dia; y á la tarde salimos á las islas de Santa Margarita, en las cuales estuvimos aquella noche; y el otro dia por la mañana empezamos á navegar y venimos á Saona; y viernes 18 á comer á Perdese, dos leguas de esta ciudad, á una casa de recreacion del Príncipe de Oria, que es la mejor cosa que he visto en mi vida. Regalonos como suele, y á la tarde venimos aqui, donde nos recibieron con muy solemne salva en el puerto; los senadores salieron á recibirnos al desembarcadero. Juan Andrea y yo vinimos adelante por amor de las presidencias, á aguardar á SS. AA. en casa del Príncipe de Oria..... La Sra. Archiduquesa (madre) entiendo que partirá pasado mañana, y yo tambien creo que me embarcaré el mismo dia, que ya no hay quien lleve con paciencia tanta peregrinacion y descomodidad como se pasa. La Sra. Infanta y el Archiduque partirán en teniendo en qué..... El Príncipe de Oria nos ha hospedado con la mayor grandeza que se puede encarecer. La Condesa y D. Francisco y yo vinimos el primer dia que

nos embarcamos mareadísimos; pero despues hemos tenido muy buen viaje y de manera como si siempre anduviéramos en la mar.....» (1)

---

(1) En el tomo XIV de las *Memoires de l'Academie Royale de Bruxelles* se inserta el *Itineraire de l'Archiduque Albert et de la Reine d'Espagne Marguerite d'Autriche et de l'Infante Isabelle en 1599 et 1600:* tiré d'une relation contemporaine et manuscrite, par le Baron de Reiffenberg.—Escribió este itinerario el Sr. Du Faing, gentilhombre de la boca, que seguía á la corte, pero lo hace con sequedad y concisión desesperantes. Verdad es que de extenderse algo más hubiera sido interminable así por la parsimonia y lentitud con que por entonces los Príncipes viajaban, haciendo jornadas por lo general de cuatro ó cinco leguas, por motivos de dignidad y de religión, como por el numeroso cortejo de que iban acompañados.

Así se explica que el Archiduque Alberto saliese de Bruselas el 14 de Septiembre de 1598 y entrase en España el 28 de Marzo de 1599, después de cinco meses y medio de viaje. Enumera el autor sucintamente las damas, señores y caballeros que efectuaron este viaje acompañando á SS. MM. y AA. Tenía á la sazón la Reina Doña Margarita catorce años de edad: uniéronse ella y su madre la Archiduquesa con el Archiduque Alberto en Trento.—El 13 de Noviembre entraron en Ferrara; el 20 en Mantua; el 7 de Diciembre en Milán; el 11 de Febrero en Génova; el 18 embarcáronse llegando á Saona; el 2 de Marzo en Tolón; el 9 en Marsella; el 20 salieron de Marsella para España, desembarcando el 28 en Vinaroz. Después de realizados los matrimonios en Valencia, embarcáronse los Reyes el 4 de Mayo para ir á Barcelona, donde debían separarse de los Archiduques, y llegaron el 14. Estos se embarcaron en Barcelona el 7 de Junio pasando por Rosas, Cadaques, Colibres y Niza, llegando el 18 á Génova donde SS. AA. desembarcaron. El 30 de Junio llegaron á Voltagio; el 1.° de Julio en Tortona; el 3 en Pavía; el 5 entraron en Milán, donde permanecieron hasta el 21. El 30 en Jiolo al pie de San Gotardo; el 2 de Agosto en Lucerna; el 7 en Liest; el 14 en Baccarat; el 15 en Luneville; el 16 entrada en Nancy; el 20 en Thionville; el 21 en Luxemburgo; el 28 en Namur; el 30 en Nivelles; el 5 de Septiembre hicieron su solemne entrada en Bruselas. Recorrieron después SS. AA. las ciudades principales de sus Estados, por este orden: el 24 de Noviembre de 1599 verificaron su entrada en Lovaina; el 5 de Diciembre en Malinas; el 7 en Amberes, por agua; el 27 de Enero de 1600 en Termonde; el 28 en Gante; el 3 de Febrero en Courtray; el 5 en Lille; el 10 en Donai; el 13 en Arras; el 16 en Cambrai; el 19 en Valenciennes; el 23 en Mons, y el 28 se hallaron ya de vuelta en Bruselas.

V

Relacion de lo sucedido en el viaje de la Serenísima Infanta Doña Isabel Clara Eugenia de Austria (1), *(desde Milan atravesando Suiza hasta llegar á Bruselas). Escrita por la misma Infanta.*

Habiendo estado en Milan diez y siete dias, el domingo ántes que partiésemos dél, fue la fiesta de tomar la Rosa y el Estoque con las ceremonias acostumbradas, y acabando la misa, subieron por el clavo en una nube con muchas luces, y en abriendo la puerta, donde está, en el techo de la iglesia, baxaronle y tomandole el legado, donde le adoramos todos y luego le tornaron á subir. Huvo despues desto un festin en máscara donde se juntaron en el salon cuarenta señoras en máscara, cada cuadrilla diferente y cada una con su invencion, que fue mucho de ver, y más de sesenta caballeros tambien por sus cuadrillas, que fue de las mejores fiestas que se han visto.

La noche ántes que partiésemos, huvo una farsa que duró seis horas, y fue de manera la diversidad de invenciones que huvo en ella que nos pareció que habia durado un credo, con lindísima música. El dia de la Magdalena salimos de allí, y habiendo oido misa en el Domo, fuimos á comer á una casa de placer muy linda, donde nos la dió el Condestable muy regaladamente.

Fuimos á dormir á Seron y otro dia á Treda, de donde subimos á una imagen de Nuestra Señora, que llaman allá la Madona del Monte, que es asperísima de subida, que casi no pueden ir

(1) Manuscrito de letra del tiempo; interesantísimo por la riqueza de detalles y verdad de colorido que en él se advierte, aunque con algunas faltas de sintaxis, propias del modo de escribir S. A. reflejándose en su relato las costumbres del tiempo, la manera de viajar y el juicio sobre muchos personajes coetáneos. En la carta tercera, pág. 4, de esta Correspondencia, escribe la Infanta al Duque de Lerma: «De lo de aquí y cómo me ha parecido y el camino y el torneo escribo á mi hermano, porque creo gustará de ello.» Es, por tanto, de presumir que esta relación de viaje la escribió para su hermano.

literas, aunque fuimos en ellas y corrimos harto peligro. Es de tiempo de San Ambrosio y es monasterio de monjas. Es devotísima imagen, y demás desto por la subida se puede ir allí, porque se ven siete lagos, y entre ellos el Lago Mayor, que es hermosísimo. Otro dia fuimos á Treda y de allí á Bares, donde se quedó el Condestable y su mujer, y juntamente los coches, que no pueden pasar de allí, si no es en acémilas; y así los que habíamos hecho en Milan, se desarmaron, de manera que cada coche iba en dos acémilas. De allí fuimos en literas hasta Ponte Latreza, primer lugar de Esguizaros, aunque la mitad es del Estado de Milan. Estraño lugar, porque allí comienza un lago que es un rio bien pequeño, y en un credo crece tanto que se hace este lago y vuelve á salir el rio muy caudaloso. Por el otro cabo deste lugar fuimos á Tabernas, y desta jornada hasta que volvimos á tomar los coches, fuí siempre á caballo, y algunos muy malos pasos en silla. Las demás mugeres fueron unas á caballo y otras en literas. En este primer lugar de Esguizaros vinieron embaxadores deste Canton á recibirnos y ofrecernos todo lo que hubiésemos menester de provision, demás de presentarnos siempre en cada lugar botas de vino, que llaman acá, que cuanto son muy honrados los que pasan, más les presentan, y entran algunas veces 30 ó 40 hombres, cada uno con dos haros de vino en las manos y los van poniendo á los pies del dueño á quien los dan; de manera que nos cercaban con ellos; y yo no me podia tener de risa y de ver los talles que traian; y luego los más honrados hacen unas pláticas larguísimas, que como eran en aleman, respondía mi primo á ellas, y les tocaban la mano á todas. Conmigo lo han hecho muy cortesmente, que nunca lo intentaron que ya yo estaba convencida á tocarsela tambien: y esto lo han hecho por todos los lugares que hemos pasado; y al confin de cada Canton han salido siempre cuatro ó dos embaxadores muy reverendos que nos han acompañado hasta que entramos en el otro Canton; y desta manera hemos atravesado por cinco Retabernas. Fuimos á Belincona, lugar principal de uno de los Cantones y hasta donde llaman el Lago Mayor, que hace el Tesin, que entra y sale en él; y así siempre vinimos caminando por su

orilla y por unos valles, la más linda cosa del mundo y más frescos, de mill maneras de árboles silvestres, pero por serlo más que hay allí castañas. No hay muger ninguna (sin) las más monstruosas paperas que se pueda imaginar. Desde este lugar hasta el otro Canton, que se llama el Torf pasamos en cuatro dias lo peor y más trabaxoso de todo el camino, aunque para como nos lo tenian figurado, nos pareció bueno, porque le tienen aderezado con tanto cuidado que parece imposible haber podido hacerse: todo es de unos empedrados. Los caballos con el trabaxo que han pasado por allí... (1). El camino es tan angosto que apenas cabe por él sino un caballo y las acémilas cargadas con harta dificultad. Las literas era menester cada credo bajarlas de los machos y pasallas á hombros. Está este camino por unos valles por donde va el Tesin, entre altísimas montañas, y así siempre llevábamos de un lado la asperada montaña y de otro el Tesin; de manera que encaminándose la procesion, si no eran los de á pié, no se podian volver atrás; y desta manera caminamos siempre hasta subir á la montaña de San Gotardo, que como era en mitad del verano no pareció tan áspera de subir, como decian, aunque todos la subieron en sillas que tienen allí para aquello harto graciosas, porque no son sino quatro palos y el asiento de lienzo, y los pies han de ir colgando. Yo la subí á caballo y subímosla en dos horas y media, de manera que pensando comer allí, llegamos tan temprano y hallamos tan mal aparejo de casa y tan frio que nos pasamos en oir misa allí, en la capilla de San Gotardo, á comer al lugar y llegamos temprano y á muy buen hora.

Hallamos cosas extrañas en esta montaña, porque en lo alto tiene tres lagos, que se comunican el uno con el otro, y nacen de unas fuentes frigidísimas, y ellos lo son tanto que no crian pescado ni cosa viva, pero de una agua tan clara como un cristal, de que hay allí buen recaudo de estos lagos. No sé el Tesin, por donde, como he dicho, hemos venido siempre hasta velle nacer, y del otro lado nace el Rodano, que tambien le tomamos

(1) Faltan algunas palabras.

de su nacimiento y hemos venido por él hasta que se junta con el Rino, que tambien nace en esta montaña, casi á vista de esotros; de manera que todos los más famosos rios de Italia y Alemania nacen allí.

Topamos mucha nieve, y entre las cosas que nos espantaron mucho fueron dos puentes de ella, que por debaxo pasaban grandes arroyos, y viendo la primera nos pareció que no se podía pasar por encima sin romperse. Topamos la segunda, que hubimos de pasar por fuerza por ella todos los que íbamos; y no solo nos sustentó, pero estaba tan helada como no hay peña. Hay allí una montaña toda cubierta de nieve, y es muy grande, y tienen por opinion los de la tierra que es toda de cristal, porque dicen que ha 400 años que no se ha descubierto, sino que cada año nieva; y luego sobre lo que está, hay otro pico de una peña, que dicen es esmeralda; y no hay duda sino que lo parece cuando le dá el sol; y es tan áspero que de ninguna manera pueden, aunque lo han intentado, subir; y han querido algunas veces tiralle con una pieza de artilleria, que se puede poner á tiro para derribar pedazos, pareciéndoles les habia de valer mucho; y si nos pudiéramos detener allí, creo hiciéramos esta prueba.

Despues de baxada la montaña, que es peor de baxar que de subir, otro dia pasamos por peor camino, porque es el valle muy espeso y mucho más hondo y más angosto, siempre el Rodano abaxo por la ribera ó orilla, y se pasó por una puente que se llama del Infierno con mucha razon, porque tras no ser sino de poco más de veinte pasos, es peligrosísima de pasar por ser tan grande el despeñadero de allí á abaxo, que casi no se vé el agua, aunque cae por unas peñas haciendo tan gran ruido que es imposible allí poderse oir hablar. Pero no es este el mayor peligro, sino haber allí tanto aire y venir por el valle abaxo, como es tan estrecho, con tanta furia que en invierno dicen que se suele llevar los hombres y las bestias cargadas de encima de la puente, y hasta aqui jamás la han podido sustentar con antepechos, porque luego se los lleva el aire; y ahora para nuestra baxada, como era verano, los hicieron de un palmo de alto, y aun esos noestaban seguros por el mucho aire que hacia, y tan frio que tiritába-

mos todos sin poder parar allí, con ir á pié por calentar y ser la cuesta abaxo; de manera que es imposible baxar á caballo.

Pero tras todas estas cosas, no quisiera dexar de haber visto esta tierra, porque en el tiempo que la vimos yo dudo que se pudiera ver mejor cosa en el mundo ni más para ver, pero no para vivir en ella por su aspereza. Tiene mil diferencias de árboles y de plantas: de flores hay muy regaladas en los jardines, y otras muchas que no hay aquí, veníamos coxiendolas con tierra y todo, y las tenemos plantadas, tantas rosas y frescas sin número en las peñas con solo dos dedos de tierra: encima crian tanta yerba que no hay cosa que no sea prado lindísimo, con tantos golpes de agua que se despeñan por allí que algunos parece que se ven baxar del cielo, con tanto ruido que es de ver, y más que algunos caen de tan alto que salpican de manera y tan menudo que parece una gran niebla, y mojan aun pasando muy lejos de ellos.

Con haber todo esto, no se vé un solo pájaro ni cosa viva, aunque sean lagartijas: solo hay algunos corços y muchas comadrejas, y en lo más alto perdices pardas. Es tierra pobladísima con toda su aspereza, que casi á cada quarto de legua se topan lugares con no tener pan ni vino.

Pasado todo esto, llegamos al Torf, que es el más bonito lugar del mundo de su tamaño. Regalaronnos allí mucho y nos presentaron vino y avena y unos bueyes gordos, que los comen allí como vacas, la más gorda cosa del mundo y de mejor comer.

Del Torf fuimos á cosa de un cuarto de legua del lugar á embarcarnos en el lago de Luzerna, donde se embarcaron todas las bestias y el hato, por no haber camino por tierra, porque está este lago entre montañas tan ásperas que no se puede pasar por ellas ni aun á pié. Las barcas en que se pasan son de cinco ó seis remos, aunque la nuestra era un bergantin: las más llevaban mugeres. Tardamos en pasar siete horas: es linda cosa, y en las primeras leguas siempre hay tormenta; y así la tuvimos de muy buenos truenos, agua y aire, que hubimos de tomar puerto; que los hay allí con seis muelles y todo, pero son de buen tamaño. Llegamos á merendar á una fuente que está orilla de un lago en

una losa de una peña, donde deben de caber seis ó siete personas, y sentados en otra peña cogimos avellanas frescas, nueces y castañas; y está todo el lago por las orillas como un jardin con muchos lugarcillos en algunos pocos de llanos, que no caben sino las casas, y no pueden entrar ni salir sino por el lago. Entre ellos hay uno que me cayó tan en gracia que no puedo dexar de contallo; que es de diez ó veinte casas y debe de tener un prado á la redonda de medio cuarto de legua; y esto solo es republica como Venecia, que ha mil años que se sustenta desta manera. Cuando llegamos cerca de Lucerna nos tornó á llover, de manera que se pasó el toldo de la barca y nos mojamos muy bien. Salieronnos á recibir el Magistrado en una barca de bien concertada... (1) y con mucha música, y otras armadas con infanteria, que nos hicieron muy buena salva, y de la tierra de la misma suerte, y llegamos á desembarcar á la misma puerta de la casa, que es del Embajador que tiene mi hermano allí, y su muger y la del Embaxador del Duque de Saboya nos estaban esperando, porque todos residen allí.

Otro dia vinieron á hacernos presente de cebada y vino, y dos bueyes tan gordos que no se podian menear. Traxeronlo por el rio con mucha música. Fuimos á misa á casa junto á un colegio de la Compañía muy bueno; y cuando salí hallé veinticuatro muchachos todos de librea con sus arcabuces que venían á hacerme guarda; y así me la hicieron todos los dias que estuvimos allí. Despues de misa vimos el colegio, y hicieron una oracion y unos versos los estudiantes, y dixo el P. Rector que en este año se habian confesado tres mil personas. Son sin número los peces que se ven y todos se ven picar, porque está el agua tan clara que se vé hasta el suelo.

Otro dia fuimos á oir misa á la iglesia mayor, que es muy buena, y desde casa hasta allá se va por una puente que tiene más de quinientos pasos, toda cubierta, y en lo alto pintado el Testamento viejo y nuevo. A la tarde fuimos á ver pescar desde esta puente con redes, y desde esta puente vuelve á correr el lago.

---

(1) Faltan palabras.

Es como una cruz y desde en medio de ella se ven cuatro Cantones: el Turf, Underdal, Suiz y Lucerna. Hicieronnos gran fiesta allí de todas maneras, y entre otras cosas fueron echadas todas las malas mugeres por aquellos dias, diciendo que donde yo estaba, no era justo que hubiese ninguna, y tambien encerraron todos los pobres, porque no importunasen á los caminantes. Detuvímonos allí todos estos dias por ser menester para acabar de pasar las cabalgaduras el lago.

Partimos de allí en coches, que fue gran regocijo hallarlos armados allí, aunque el camino de más de seis dias fue tal de piedra que entramos poco en ellos sino era para guardarnos del sol, que como ya no se caminaba por tantos valles, se sentia más, que por ellos nos acontecia andar seis y siete horas por sombra. Llegamos á Zurze y de allí á Tenef, el primer lugar que topamos de herejes, aunque nos hicieron mucha fiesta. Teníamos su iglesia junto á casa, y en toda la noche estuvieron en su predicar. No nos consintieron estos dias decir misa, que eran Berneses, y así nos quedamos sin oirla, pero no pasamos sino por este lugar suyo; y otro dia por ser domingo, en otro lugar de herejes, nos encerramos todos los que pudimos caber en casa, cerradas las puertas y ventanas y oimos misa.

Otro dia estuvimos en otro lugar, la mitad de hereges y la mitad de cathólicos, y ansí en su iglesia oimos misa. Y de allí fuimos á Basilea, que es un lindo lugar, aunque no tan grande como tiene la fama, pero había infinita gente. Posamos en una casa muy hermosa, que no hay escritorio tan lindo como todas sus estufas, que cierto es cosa de ver. Aquí nos visitó el Marqués de Castellon de parte del Emperador. A mí me trajo una carta suya en latin y yo le respondí en francés. Tambien el Marqués de Vada, que vive allí cerca nos vino á ver, y es lástima que sea hereje, que tiene muy buen arte de hombre y buen entendimiento. Dióle á mi primo un caballo muy bueno, y hiciéronnos gran presente de muy buena malvasia en el lugar y Hipocrás y vino del Rin; y como yo soy tan borracha me lo dieron á mí; y en verdad que poco á poco creo lo he de ser.

Otro dia por la mañana partimos de allí por poder oir misa en

el lugar primero de Austria, que por otro nombre se llama el Condado de Ferreta, que fue del Archiduque Fernando. De camino éntramos en el cementerio de la iglesia mayor de Basilea, que si es por de dentro como por de fuera parece lindísimo. No dexaron entrar á nadie dentro, aunque á mí me ofrecieron si lo queria ir á ver, pero yo no quise. Entramos en el cementerio para ver el Rin desde allí, que es la más hermosa tabla de rio que debe de haber, y para ver un árbol de tille tan hermoso que cubre todo el cementerio de sombra. Llegamos á misa al lugar que he dicho, donde salieron al confin los del Consejo y Embaxadores de Austria, que por la parte que mi primo tiene allí, nos hicieron mucha fiesta; demás que tenían orden del Emperador para hospedarnos. Pareciónos que entrábamos en otro mundo, porque como hasta allí había sido la tierra tan áspera, esta es tan llana que no tiene sola una cuesta: la más linda tierra que se puede ver y fértil de pan y vino, de montes hermosísimos, de mucha caza de todo género; muy poblada de muy grandes lugares. La gente no se puede pensar lo que se holgaba con nosotros. Hay muchos caballeros, y en la ciudad de Colmar mucha gente. Los más destos dias venimos cazando liebres y perdices con el açor y gabilan, que venia allí un caballero por Embaxador y posamos en una casa y lugar suyo muy bueno. Allí ofrecí yo mis años, porque aunque es hereje y su muger, consiente iglesia y católicos, y aun en todo el tiempo oyó misa, que nos traxo con esto hartos dias engañados. Es gran cazador y así tiene en su casa muchos perros y alcones. Su muger nos esperó á la puerta, vestida de brocado y galanísima, y tiene harto buen arte, y una hermana suya regalonos cuanto se puede decir con carne y pescado y fruta y conservas: y otro dia hizo un gran banquete á todos y anduvo el brindis, que aynas no saliéramos de allí, porque él tenia un vino de cuarenta años y se bebia muy bien. Tiene dos hijos, la más linda cosa de criaturas que jamás he visto, y los crian tan herejes que con no tener más de ocho años, no los pudimos hacer besar una imagen. Yo diera cuanto pudiera por hurtarselos, que esta era mi intencion en todos estos lugares de herejes.

De allí fuimos en otras tres jornadas al primer lugar de Lorena. Todos estos lugares de Alemania son tan grandes que nos acontecia tardar en uno á muy buen paso tres ó cuatro horas. Dos jornadas ántes de Nancy salieron sus hijos del Duque de Lorena; el Duque de Bar, que es el mayor, y Mos. de Vaudemont, que es el tercero y sabe más que todos, aunque no le ayuda el cuerpo. Su padre y el Cardenal eran idos á tomar el agua de Spá; y así aunque se dió mucha prisa á volver, no pudo alcanzarnos. Mi primo se apeó para recibirlos, y luego se pusieron todos á caballo y fueron cabe mi coche. Todos los dias que caminaron con nosotros fue mi primo á caballo y yo y los más, porque íbamos cazando, que éllos tambien son amigos de caza.

Llegamos á Luneval, un muy buen lugar, muy bueno, del Duque, y otro dia á Nancy, pasando en el camino por otro muy buen lugar que se llama San Nicolás, donde está un brazo suyo: hace infinitos milagros y es una hermosa iglesia, donde acude siempre mucha gente de todas estas partes. Por detenernos allí en cazar por el camino, llegamos á Nancy al anochecer: es muy bonito lugar, y el Duque lo ha fortificado muy bien. Su casa es muy buena y muy grande, con dos tribunas, una á la iglesia mayor y otra á San Francisco: dos muy buenas iglesias. Tiene dos galerias con infinitas pinturas y retratos de muy buena mano. En la una todo cuanto hay en la caza de los cierbos, desde que ellos nacen, todo al natural, en la otra con retratos de sus abuelos y de criados suyos, que cierto es mucho de ver, porque parece todo vivo. Llegamos á apearnos al patio, donde nos estaban esperando la Duquesa de Bar con una saya á la francesa de velillo de plata, cargada de joyas muy buenas y en la cabeza otras tantas, que las más han sido de la Reina Blanca de Francia. Traia un manto de toca de plata, que le comenzaba de la cabeza, á lo romano, con una falda de seis varas de largo, la cual le traia su camarera, que es la mayor hereje que hay en el mundo, y la que todos desean mucho verla fuera de allí, porque mientras estuviere, no hay pensar que su ama se convierta. Tras ella estaba Madama de Vaudemont, mujer de su hijo tercero del Duque y hija del Conde de Salmas, aleman, del hábito de Santiago y Goberna-

dor de Nanci. Es de 14 años. Estaba muy galana: es bonita pero no hermosa. Tras ella estaba la Princesa Catalina, su hija del Duque, vestida de tela encarnada: es tan grande como yo en chapines, y aunque no hermosa, aunque toda junta parece muy bien con el buen arte que tiene, que de una legua se le vé quien es; y yo no podía tomar en paciencia que la tomase la delantera jugando. Luego estaba Madama de Vaudemont, viuda y hermana del Duque de Umala, la mejor vieja del mundo, y aunque de negro muy galana con sus joyas. Luego estaban dos hermanas, primas de la Duquesa, que se llaman Madamiselas de Roan, la mayor fea y de muy mal cuerpo, y la otra de bueno y de buen gesto, y esta estaba en pechos hasta el estómago, sin cosa delante, todas galanísimas y con muchas joyas. Luego estaban señoras del lugar y las damas de todas estas á cual más galanas con tan grandes verdugadines (1) que tomaban todo el patio, y cada una traia tres hombres para ayudarlas á pasar; y yo daba gritos de risa sin poder hacer otra cosa. Yo me apeé luego y llegué á hablar á la Duquesa con harto miedo de que me habia de recibir á la francesa: yo le hice responder que me perdonase, que no lo pensaba consentir, pero habíame aprovechado que cuando salió su marido preguntó si me saludaria á la francesa y yo le respondí que me perdonase, que no lo pensaba consentir á nadie. Y así no se usó de esta cortesia conmigo: mi primo tampoco.

Despues que hubimos hablado, que ella entró de español muy bien, y aun creo que lo habla, la tomé de la mano derecha y á la Princesa de la izquierda, aunque ella es tan bien criada que con estarselo porfiando gran rato, jamás quiso ir de la mano conmigo por no dexar las otras Señoras. Estuvimos allí más de una hora embarazadas con los diantres de los verdugadines, que ni para un cabo ni para otro podíamos andar. A las que no los traíamos, nos estrujaban de manera que no parecíamos personas. La gente era cosa extraña, porque creo no quedó hombre en Francia que no se hallase allí y muchas mugeres. En fin llegamos á

(1) Vestidura que por entonces usaban las grandes señoras debajo de las basquiñas para ahuecarlas.

mi aposento: la Duquesa se quexaba mucho, porque habia estado todos aquellos dias en la cama, dicen que de malparir, que lo hace cada ocho dias. Es la más viva criatura que he visto y de mejor entendimiento y graciosa, si no le faltara lo mejor. Por estar como he dicho no nos sentamos, sino yo salí con ella hasta la puerta de mi aposento, y mi primo subió hasta el suyo llevándola del brazo, y así se fueron todos sin la Princesa, que se quedó conmigo hasta cenar en conversacion, que la tiene muy buena, y es muy entendida y la más apacible del mundo. Cierto yo olgué mucho de tratarla y conocerla.

Habíamos de cenar todos juntos, pero como se acostó la Duquesa, se quedó el banquete para otro dia, y cada uno cenó en el suyo. La casa estaba muy bien aderezada con lindísimas tapicerias. Yo tenia en mi aposento la de Moysés, como la de mi padre, pero con mucho oro. Tiénelas el Duque bonísimas, y así lo eran las camas.

Otro dia todos nos pusimos galanes para el festin y la cena. Fuimos á misa á una tribuna donde no cabian sino seis. Hubimos de estar dentro mi primo y yo, y la Princesa y Madama de Vaudemont la moza, á quien, cuando no estaba allí la Duquesa, llevaba yo á la mano izquierda y á la Princesa á la derecha. La Duquesa estaba muy mala aquella noche, sospecho que por no obligarse á entrar en la tribuna á oir misa, aunque no la oyera como las demás; que los verdugadines no dejaban llegar á ella. Y cuando se sientan en una silla, están dos hombres sosteniendoselos en el aire por encima de los brazos de la silla. Yo la quise ir á visitar despues de misa, pero por estarse vistiendo se quedó, y duró esta vestida hasta las cinco de la tarde, pero entran mientras todos cuantos quisieren á conversacion. A la tarde fui á verla y hallela muy galana y todos allí con ella, y la pieza llena de gente, que no cabian. Sentámonos un rato la Duquesa, su marido, mi primo y yo en sillas, los dos de Vaudemont, la Princesa y la Duquesa de Branzuich, que acababa de llegar entonces de Borgoña á verme, como supo que no íbamos por alli, en taburetes, y las dos de Roan. Tambien la de Branzuich está muy buena y muy linda con un gran luto muy extraño. Despues de haber es-

tado allí, nos baxamos á mi aposento, donde la Duquesa quiso oir cantar á Visentica, y así cantó lo mejor que ha hecho en su vida, con cargar tanta gente á oirla que no sé cómo no se turbó. Con esta ocasion pedimos á la Duquesa que cantase, y aunque se hizo de rogar, al fin trajeron un laud un mozo y se le hincó de rodillas delante y se le templó; y luego le tomó ella, teniéndosele él siempre; y desta manera le tomó y dexó veinte veces, aunque le tañó por extremo bien. Al cabo mandó á un mozo que se le tañese y ella empezó á cantar muy bien, si no tuviese la voz un poco vieja. Loamosle mucho. Con esto vino la cena y así salimos á cenar á una muy grande sala, donde estaba puesto sobre un estrado de tres gradas una mesa, que parecia segun era de larga, la Cena. Sentamonos mi primo y yo en medio: yo á su mano derecha, y luego cabe mí la Duquesa, y luego Madama de Vaudemont la muchacha, y luego la de Branzuich, y en el testero la mayor de las de Roan; y á la mano izquierda de mi primo el Duque de Bar, y luego la Princesa su hermana y luego la de Vaudemont vieja, y en el testero la otra de Roan, todas en sillas, y sus hombres que les tenian por detrás los verdugadines, que fue harto buena fiesta verlas sentar. No huvo bendicion á la mesa, porque la Duquesa no la consiente. A cada uno sirvieron sus criados: á mí las damas, como suelen, y á mi primo los de la boca; y en los demas habia hartos buenos talles y bien que reir, porque cada vez que cortaban algo, alargaban el cuchillo para que le limpiase el trinchante; y una de las de Roan tenia un lacayuelo que servia deste oficio, y al cabo de la cena tomó el pan, metiole dentro de las cachas y el cuchillo y dióselo en la mano para que lo llevase á guardar. Hubo gracias cantadas á punto de órgano, pero todo fue versos de Psalmos: al labarse las manos, tuvo cada uno sus fuentes. Levantámonos de allí, que duró harto la cena, porque huvo muchos brindis. A todo esto se halló un gran privado del Rey de Francia, que nunca se apartó de la Duquesa, porque la habia enviado á solo ver lo que pasaba. Mos. de Vaudemont no se quiso sentar á la mesa por ir á hacer compañia á los grandes caballeros que cenaron mientras nosotros. Los demás se quedaron sin cenar y las mugeres tam-

bien, porque luego nos fuimos á una hermosísima sala. Casi en medio della estaba el estrado donde nos sentamos, y de un lado y de otro hay hechos tablados con una plaza donde cabe infinita gente; y sin eso abaxo habia delante dellos otra tanta, y con todo quedaba muy gran plaza para danzar. Comenzaron á danzar el sarao saliendo todos de dos en dos al gran baile que llaman (1), que en buen romance es pasearse por la plaza y parlar y gablar (2) y tornarse á pasear durante buen rato. Luego se danzaron branes, que los danzan lindamente, á lo menos la Duquesa y algunos franceses, que era cosa de ver, pero las mugeres con los verdugadines parecian propiamente los caballitos del dia del Corpus. Despues danzaron la corriente y la vuelta hasta el cielo, y gallardas. La Princesa danzó con su hermano Mos. de Vaudemont una pabana de España, que lo hicieron por extremo bien, y la danza tan bien que casi danzando no se le vé la falta de cuerpo. Mi primo y yo danzamos una pabana y luego una gallarda, en que saqué yo al Duque de Bar. Acabose la fiesta á las dos y así fue cada uno á su cama.

Otro dia, despues de haber oido misa juntas como el de ántes y más la de Branzuich, comiendo cada una en su aposento. Despues nos fuimos á despedir de la Duquesa, que por haber estado con calentura aquella noche, no se levantó. Estuvimos allá un rato y quedamos grandes amigas. Las demás baxaron conmigo hasta el coche, sin poder acabar otra cosa con la Princesa. Está con ella una hermana de la Marquesa de Ladioda (3) tan santa como su hermana, y así los ha criado á todos los hijos del Duque de Lorena muy bien. Despedímonos de todos, y el Duque y su hermano vinieron con nosotros hasta la Portamonzon, otro lugar suyo, donde hicimos noche, y cerca dél topamos al Cardenal su hijo, y despues de habernos hablado, fuimos juntos al lugar. El Duque está bonísimo y más mozo que sus hijos. No se puede pensar lo que se holgó de verme. Es muy buena persona. El

(1) Aquí falta una palabra.
(2) Sic.
(3) Está muy borroso este nombre.

Cardenal está tan malo que se anda muriendo en pié: es el de mejor arte de sus hermanos. Convidamos aquella noche á cenar al Duque y á sus hijos mayores, aunque el de Bar no quiso su padre que se sentase á la mesa, y le hizo que fuese á cenar con los demas; y tambien hubo sus brindis; y despues de cenar tan larga conversacion que ainas no se acabase.

Otro dia los convidó mi primo á comer á todos y al de Umala y al de Orange y al Duque de Mercurio. En acabando de comer nos pusimos todos á caballo y fuimos cazando hasta la mitad del camino, que yo me apeé para tomar el coche, y allí á pié nos despedimos todos y cada uno se fue por su parte.

Otro dia llegamos á Tionvilla, el primer lugar destos Estados, pasando por las puertas del Marqués de Lorena, donde salió el Gobernador con mucha gente, aunque ya ántes habia salido á vernos y ofrecersenos: es muy buen católico y el lugar es harto hermoso, aunque las puertas estaban muy bien cerradas y con mucha infanteria, que hay mucha y muy buena. Tionvilla es el más bonito lugar del mundo, y si se acaba su fortificacion, que comenzó mi padre, quedará harto bien y seguro, aunque no havia quince dias que unos franceses desmandados le habian querido saquear, defendiendole el Gobernador muy bien, que es un honrado caballero y su muger mucho: llámase Mos. de Vile.

Desde que entramos en la raya destos Estados, topamos todos los caminos llenos de gente que salian á vernos y á echarnos flores en el coche y yerba por el camino, y luego gritaban todos: «¡Vivan los Duques de Brabante que se vienen aqui!»; y así las viejas y viejos lloraban de contento, que era cosa de ver: y una llegó á mí y me dió un ramillete de flores, y me dixo: «Señora Duquesa, tomá de las flores que producen sus Paises Baxos». Los que podian llegar á tocar el coche ó á los caballos quedaban contentísimos. Salieron á este lugar muchos caballeros y el Conde de Mansfelt, como Gobernador desta provincia, y todos los de la de Luzemburg, que eran harta gente; y habiendo hecho su parlamento y besado ó pedido la mano por mejor decir, salió mucha infanteria que hizo su salva. Llegamos á las nueve de la noche, y habiendonos dicho que no habia palio, bajamos á la puerta, y asi

fue menester tomar los caballos. Tambien estaba la clerecia y Ordenes en procesion: porque hay aqui un mal uso que yo he quitado, y era que estando los Señores á caballo les daban á besar la cruz y luego los acompañaban en procesion, yendo ellos á caballo y los clérigos á pié y rebestidos. Yo no he querido pasar por esto, sino apearme para besar la Cruz, y luego hacerlos ir por otras calles diferentes á esperar á la iglesia; y así se ha hecho en todas las entradas. Fuimos á San Francisco, estando todas las calles con muchas luces, que acá aunque sea de dia, las ponen por fiesta, y muchas hogueras, y salen muchos burgueses con hachas, aunque sea mediodia. En San Francisco nos apeamos, y dicho el *Te Deum laudamus* y las oraciones fuimos á casa.

Otro dia, por ser domingo, fuimos á la misa en la iglesia principal del lugar, y despues de comer baxamos á ver la casa y huerta del Conde de Mansfelt, que es lindísima. El lugar es muy áspero, cuestas arriba y cuestas abaxo. La casa es nuestra, pero muy vieja y de poco aposento, aunque muy hermosas piezas. Teníala aderezada de curiosidades de todas maneras con muy buenas tapicerias, que las tiene mejores que las de acá.

De Lucemburg hasta Namur es el más peligroso camino, por ser siempre unos bosques cerradísimos, que son las Ardenas, de que trata Julio Cesar; y nunca falta allí gente que roba; y así trujimos de más de las compañías de guardia de lanzas y arcabuces la de los hombres de armas desta tierra; y con todo habia hartos medrosos no por haber tenido nuevas que habia salido gente de los enemigos á encontrarnos, sino que por haber cortado el camino, no pudieron llegar á tiempo.

De allí fuimos á Arlon y á Bastona, y á Marcho y Sinay, que todos son bonitos lugares; y todos estos dias no hicimos sino topar caballeros y gente que venia á recibirnos, así del pais como de los que están ocupados acá en el exército.

Sábado llegamos á Namur, que es el más bonito lugar de su tamaño que he visto, y no es muy pequeño. Al camino nos salió á recibir el Conde de Varlamont, como Gobernador de aquella provincia que era entonces, que aora le hemos dado el de Ar-

tois, con mucha gente principal que hay en ella. Aquí se hizo la entrada más en forma, como nos tomó apercibidos, que huvo estoque y guion y su palio, y tanta gente por todas las calles que no cabiamos, y todas aderezadas con ramos que parecian un jardin, porque las ponen acá por extremo bien, y hacen un cielo de hojas verdes que es para ver, que no se usa colgallas con tapicerias como por allá. Tambien habia no sé cuantos arcos buenos. Fuimos á la iglesia y de allí á casa á pié, porque están juntas, y así tiene tribuna. La casa es nuestra, aunque desbaratada muy grande y muy buena y de muy buenas vistas sobre el rio. Tiene buena huerta. El de Varlamont nos la tenia aderezada muy bien, y su muger nos estaba esperando, que se habia adelantado para esto; y tambien la de Mansfelt hizo lo mismo en Lucemburg y estuvo con todas las señoras de allí; y asimismo estaban la de Tenamur con la de Varlamont y su madre, que es una vívora de viva, aunque ha hecho grandes cosas conmigo.

Otro dia baxamos á oir misa á la iglesia, y despues de comer tuvimos la mejor fiesta que he visto, que fué en el palacio de casa. Dos cuadrillas de hombres en zancos, que debian de ser más de sesenta, y desafiábanse y luego pelean sobre derribarse los unos á los otros: que no hay toros ni fiesta como ella, ni se puede estar sino dando gritos de risa de ver las caidas que dan unos sobre otros y sobre la gente que los mira. Acabada esta fiesta fuimos á la huerta á ver dende allí una justa en el rio muy buena, porque están muy prácticos los de allí.

Otro dia á Nivela, bonito lugar, y posamos en casa de unas canónigas, que hay allí un monasterio de ellas que hizo Santa Gertrudis, y está allí su cuerpo. Son de las que se casan. Es toda la gente desta casa principal, que viven repartidas con unas viejas de las que se han quedado por casar, que hay siempre cuatro. Aguardábannos en la puerta de la casa en procesion y traen el más lindo hábito y tocado que puede ser y que mejor está; y así parecian todas unos ángeles, y hay cuatrocientas, y la Abadesa tiene ochenta años, y desde uno está allí. Este dia en el camino salieron los Diputados de Bravante á recibirnos, que eran el Duque de Ariscot, que es galanísima persona y siempre trae mil

dixes colgando; el Arzobispo de Malinas, que es el primado acá, y otros muchos de todos tres brazos. Uno de ellos, creo era el secretario, hizo una gran plática, pero muy buena, á que yo respondí como á todos los demás, y después les hablaba mi primo.

Otro dia fuimos á Dama de Ao, buen lugar, donde está una imagen de Nuestra Señora de innumerables milagros y muy devota. Fuimos á apear á su iglesia, que es muy buena, de canónigos, y de allí á casa, que es un meson, porque hay allí un castillo estrecho y posaba en él el Cardenal de Austria (1), que habia venido aquel dia allí, habiendo más de seis que cada dia le teníamos hecho el hospedage, porque enviaba á decir que vendria. Vino luego á vernos y convidámosle á cenar. Es bien gordo y no parece á nadie de sus parientes.

Otro dia madrugamos mucho y almorzamos diciendo que íbamos á casa, y así con solos Jacincurt y la de Uceda, sin saber aun ellos á donde iban, dimos con nosotros en Bruselas, entrando por el Parque, que se hace sin tocar cosa del lugar, y andubímosle todo y toda la casa, y volvímonos á cenar á nuestra Dama, aunque á la vuelta ya se estendió la voz, y fueron tantas las flores que nos echaron por los villajes, que hay muchos por allí, y tanta la fruta que nos sacaban á presentar, que no nos podíamos averiguar con la gente; y yo no sé qué decian, que no habia acá de todas las frutas, porque no hay ninguna de que no he hallado; y tantas ubas, melones y membrillos que no se ve otra cosa, aunque es verdad que no son tan buenos como allá.

Otro dia vino el Duque de Mántua á vernos, que habia dias que estaba en Bruselas. Salió mi primo á recibirle, y despues de estar un rato, se volvió á salir con él, y despues estuvo toda la tarde en negocios con el Cardenal de Austria. Tornámosle á convidar á cenar, y despues se despidió de nosotros y otro dia por la mañana muy temprano se fué.

Estuvimos allí hasta el sábado, y todos estos dias vinieron señoras á verme, que hay tantas acá que no tienen número. La Duquesa de Ariscot la vieja, que es la mejor muger y más apa-

(1) El Cardenal Andrea de Austria.

cible que he tratado. Vinieron con ella sus andadas, hermanas de este Duque; la Condesa de Arambergne y la de Bosu, viuda moza y sin hijos y de muy buen arte; la de Branzuich con sus tres hermanas: ella parece harto bien, aunque no he visto otra hermana suya, muger de D. Luis de Velasco, por haber malparido; Madama de Havre; Madama de Ligne; Madama de Barbançon; la Condesa de Agamon y otras sin número, que pensé dudar saberles los nombres, aunque Dios me ha hecho tanta merced que ya las conozco á todas.

El sábado fuimos á dormir á la Cámara, un monasterio de Bernardas hermosísimo, mas todo destruido: está en medio de la floresta. Las monjas nos aguardaban en procesion, regaláronnos mucho con leche y manteca; y á mí me hicieron una visita en mi aposento harto buena, porque estando yo descuidada, vinieron á que les nombrase abadesa, porque me toca á mí el hacerlo y habia seis meses que estaban sin ella; pero yo no lo hice, porque habian ellas de nombrar tres, y de aquellas tengo yo de escoxer, y aun no las han nombrado.

El domingo 5 de Septiembre entramos aqui, vestidos de leonado entrambos, todo bordado, y en caballos blancos, en que han casado aqui una profecia muy antigua, que dice que hasta que entrasen en Bruselas dos señores propietarios en caballos blancos, no habia de haber paz, con que así lo tienen muy creido. Salimos á las doce de la Camara en coches, y en el camino cuatro escuadrones de infanteria de los burgueses, muy buena gente, y uno de las galas, que son de los papagayos, que eran doscientos, todos vestidos con cueras blancas y calzones y sombreros azules y medias encarnadas, que parecian muy bien, y sus banderas de los mismos colores, y en medio los Emperadores y Reyes de los papagayos con sus grandes colores y sus insignias; y despues de haber hecho una muy hermosa salva, comenzaron á marchar delante y se fueron poniendo por las calles. Luego tras ellos estaba el magistrado, que llegó á hablarnos, y el amanque, que es como corregidor, me entregó una vara muy larga, que es la de la justicia, que despues de tenerla en las manos, mientras el razonamiento, se la volví y las llaves del lugar, diciendo-

les que las tuviesen como lo hacian antiguamente, que hasta agora las tenia el Gobernador; y sobre la confianza que hacíamos de ellos les hizo una muy buena plática el Presidente Richardot, y ellos quedaron contentísimos con las llaves. A todo esto llovia muy á menudo, y con toda esta agua llegamos á una casa donde nos apeamos para tomar los caballos; y allí cayó tal agua que jamás se ha visto, y se cerró de manera que habia muchos que decian que nos volviésemos, que otro dia se haria la entrada. Al fin aguardamos un rato que parecia llovia algo menos y tomamos los caballos; y desde allí hasta la puerta del lugar nos mojamos muy bien, que serian dos tiros de arcabuz, que despues el palio nos libró del agua que venia.

Venia ordenada la entrada desta manera. Primero las compañías de burgueses y luego la compañía de arcabuceros á caballo; luego el magistrado, tras dél las trompetas y atabales, y luego los pajes, y luego todos los caballeros hasta los mayordomos, y detrás dellos los Grandes y Embaxadores, y luego cuatro reyes de armas, cada uno de su provincia; luego el Conde de Sora con el estoque, luego nosotros, y hasta allí los alabarderos como suelen, y de allí atrás los archeros que tomaban las damas en medio, como se suele, y luego detrás; y luego detrás de nosotros el guion, y á un lado el capitan de los archeros, luego Jacincourt en su caballo con su silla de terciopelo negro y la Condesa de Uceda y la de Bucoy de la misma manera, cada una con dos caballeros á los lados; luego las damas con sillones y gualdrapas de terciopelo negro con pasamanos de oro y plata, y los de la casa de mi primo en lugar el con ellos (1), que por no tenerle aquel dia y estar ellos nuevos en dar lugares se les ordenó que fuesen allí. Luego cerraban los archeros, y luego venia mi coche, bordado, con seis yeguas blancas que me dió el de Mansfelt, hermosísimas, y luego la compañia de lanzas á caballo, y detrás los coches de las damas.

Con esta procesion llegamos á la puerta del lugar, donde estaba el palio, que era de telilla de plata y oro, y encarnado y

(1) Sic.

azul, y los que le llevaban, que eran del magistrado, estaban vestidos de lo mismo, calzones y ropillas y en cuerpo. Desta manera llegamos bien remojados á la iglesia mayor, donde nos estaban esperando el Arzobispo de Malinas, revestido, y toda la clerecia y Ordenes: á la puerta adoramos la Cruz, por el agua, que habia de ser allá fuera del cimenterio, que es muy grande; y luego entramos en la iglesia donde fueron las plegarias, tan aceptas á Nuestro Señor, que pareciendo que se venía el cielo abaxo, luego cesó de llover; y así, dicho el *Te Deum laudamus* y echada la bendición por el Arzobispo con el sacramento del milagro, que estaba sobre el altar, cuando salimos hacia muy buen sol, con que lucieron todas las galas, que habia bien que ver en ellas, porque eran infinitas y muy buenas y muchas libreas. Solo las plumas padecieron, porque no tuvieron lugar de secarse; pero dexó de llover al mejor tiempo del mundo, porque faltó lo mas y mejor del lugar por andar, porque casi le pasamos todos. Estaba muy bien aderezado de arcos muy lindos pintados al óleo harto bien y todas las provincias, que representaban mugeres muy bien vestidas, repartidas á trechos, y otras mil cosas de música y representaciones. Pero no me parece he visto cosa más linda ni tan bien compuesta que la plaza donde estaba la casa de la villa, y un gran corredor que tiene delante estaba con todas las señoras, que era linda vista, porque hay muchas hermosas y estaban muy galanas, demas que la delantera de la casa es muy de ver. Tambien estaba allí el Duque de Mántua, medio revoçado y el de Nevers, su primo, y la Duquesa de Longuevilla su hermana, que habia venido con ocasion de ver al Duque de Mántua, y otros mil señores franceses, el Conde de Sant Pol y un hijo del Duque de Umena.

Yo no he visto jamás tanta gente, así en las calles como en las ventanas, porque con tener todas las casas cuatro ó cinco altos, no habia ventana vacia, y más me espantó que con todo lo que llovió, nunca faltó gente. Llegamos á Palacio ya cerca de noche: en la antecámara paramos y allí entraron los Consejos de aquí y Richardot en su nombre hizo una plática; y con esto acabó la fiesta y nuestra jornada, no habiendonos faltado

jamás camas en toda ella á nadie, ni cosa de cuantas fueron menester, así de regalo como de todo lo demás, que hasta la nieve no nos faltó sino solos tres días. En toda ella no ha acontecido desastre ninguno sino el de Doña Ana de Guevara, ni se han muerto sino un caballo y un macho, que para ser tan larga no ha sido poco todo esto. Las faltas desta relacion se pueden perdonar, que como quien ha andado tantas tierras, no es mucho traiga la memoria trascordada.—*Laus Deo.*

VI

Relacion de las fiestas que se hicieron delante de SS. AA. (los Archiduques) lunes de Carnestolendas, 18 de Febrero, 1608 (1).

Muy claro nos muestran las historias antiguas ser cosa usada de los Príncipes el hacer fiestas y juegos para divertir y entretener el pueblo, estorbandole con eso que no hagan algunas sediciones dañosas á la república, cosa contingente á los ociosos. Tambien se suelen hacer por aliviar algun poco á los mismos Príncipes de tan pesada carga que les es, la que consigo mismo se tray el gobernar, y mucho más á los que tratan del gobierno de paz y guerra á un mismo tiempo, siendo en su misma (2) la guerra, como acontece agora de presente al serenísimo Archiduque Alberto en estos Paises Bajos; y siendole esto muy claro y manifiesto á la serenísima Infanta Doña Isabel Clara Eugenia de Austria por ser ella la que le procura aliviar deste trabajo, tomándose para sí lo más que puede, determinó que sus damas y meninas hiciesen alguna fiesta para que, pues estaban tan necesitados de ser divertidos el Príncipe y el pueblo, pudiesen serlo con facilidad. Y aunque la razon parece que pedia que este cuidado era más dado á los caballeros mozos que estaban en la Corte, considerando que el intento fue de que fuese fiesta per-

(1) Manuscrito de letra del tiempo, en cuatro hojas en folio.
(2) Parece falta alguna palabra.

fecta, no se pudo hallar medio más coveniente para el buen fin del deseo que el de encomendarlo á las damas, por ser cierto que las cosas donde no ponen las manos, es cuerpo sin alma. Y así señalaron por dia más á propósito que se hiciese el lunes de Carnestolendas, 18 de Febrero; y habiendo para este propósito aderezado un salon del Palacio, raro y maravilloso por su grandeza y proporcion, capacísimo á encerrar dentro de sí semejante fiesta y muchedumbre de gente. Estaba aderezado con una tapiceria tan rica de oro y seda, y tan bien y naturalmente matizadas las colores, que las figuras casi parecia que por sí mismas estaban allí, y no á servirnos de historia del Apocalipse.

En medio de la sala estaba un dosel muy ricamente labrado y bordado de oro y plata, debajo del cual estaban dos sillas de brocado encima de una tarima cubierta de una alhombra de levante. A la mano derecha del dosel, apartado buen rato, más atrás que adelante, estaba hecho un cancel, donde estuvieron los Embaxadores del Papa y España, y con ellos el Duque de Osuna, por no haber querido tomar lugar con las damas, como lo hizo el Duque Umala. Por los dos lados del salon, apartados de las paredes bien doce piés por lado, corrian dos hileras de bancos cubiertos de alhombras muy anchas para que se pudiesen asentar y arrimarse las señoras y las damas con los galanes que estaban en lugar. Fuera de estas alhombras estaban doce blandones de plata muy grandes, seis de cada parte, y por ser el salon muy grande y parecer pocas luces, mandaron que quedasen otros doce pajes con hachas, vestidos de la librea de SS. AA., los cuales cenaron á las ocho de la noche; y siendo convidadas para la fiesta todas las señoras de la Corte, estuvieron á las ocho y media en Palacio. Sola la Duquesa de Longovila, princesa de la sangre de la Casa de Francia, estuvo aguardando que la inviasen á avisar: y en estando todo apercibido y á punto, que fueron las nueve y media la avisaron, y en llegando, salieron SS. AA., que la aguardaban; y habiendola recibido con las cortesias que á persona de tal calidad se requiere, entraron en el salon acompañados de todos los señores y caballeros, señoras y damas de la Corte. En llegando, todos fueron tomando sus lugares sin ninguna confusion, por la

buena orden que tenian dada los mayordomos y en particular el semanero, que lo era D. Jerónimo Walter Zapata.

SS. AA. se pusieron en su tarima, y casi dentro de la tarima la Duquesa de Longovila, en dos almohadas de terciopelo, á la mano izquierda del Archiduque, el cual hablaba con ella muchos ratos de la fiesta. Las demás damas y señoras ocuparon sus puestos, y los señores y caballeros los suyos, estando el Duque de Umala con madamisela de Memorançi en lugar aguardando el principio de la fiesta, con el deseo que se suele tener en semejantes ocasiones. Mas poco les duró el desear, porque se empezó en esta forma.

En la frontera del salon, mirando á SS. AA. estaba una gran máquina, á lo que de fuera parescia, aunque estaba cubierta con un velo, detrás del cual se vieron y oyeron unos fuegos y truenos tan parecidos á los que suele haber por Setiembre, que hubo quien esperó con recelo algunos rayos. En medio destos truenos, se vió mover una nube del suelo, que estaba á un lado desta gran máquina, y se fue levantando maravillosamente y vino á estar bien alta en medio del salon, de donde empezó á bajar muy despacio. En este tiempo toda la sala estaba tan suspensa que parecia que no hubiese nadie en el salon, con pasar de dos mil personas las que asistieron á la fiesta. Llegó la nube al suelo, y con mucho estruendo de fuego y ruido se abrió, y quedó por de dentro muy clara, por la cantidad de luces que dentro habia y ser de velo de plata; de la cual salió Cupido vestido tan al justo que parecia no estarlo, vendados los ojos, con alas y un arco dorado en la mano, un carcax de flechas y una gran burgaça. Salió de la nube con pasos muy contrarios á los que él suele hacer dar á los que toca una vez con sus flechas. Enderezolos para SS. AA. La nube con ruido y estruendo se desapareció; quedando solo y cerca de SS. AA. el dios de Amor, que de ver su propiedad en el traje como de la manera que habia venido, causó alboroto en la gente, y estuvo esperando que se aquietase: en estandolo, empezó á razonar en esta forma. (Sigue el razonamiento de Cupido que se omite aquí por no ser interesante y por su mucha prolijidad.)

Despues de haber acabado su razonamiento y de haber convidado á sus bodas, que era lo que se habia de celebrar en esta fiesta, sacó de su burgaza dos papeles, que, besándolos, con la rodilla en tierra, los dió á SS. AA., y despues fue repartiendo los que le quedaban igualmente así á las señoras y damas como á los caballeros, en los cuales se contenia lo que se habia de cantar en sus bodas. Hecho esto se fué hácia el velo, y sin ver por donde se desapareció.

Al cabo de muy poco tiempo, se oyeron y vieron los mismos fuegos y truenos con los cuales se desapareció el velo que cubria esta máquina, quedando descubierta una montaña tan naturalmente hecha y fabricada que á no verse dentro deste salon por inaccesible se tuviera; y las pinturas tenian en sí tanta fuerza que por lo menos querian que creyésemos ser hechas de pedazos de peñascos, con unas arboledas tan propias que vistas por los pájaros no dudo sino que se fueran á entrar en ellas, pues los hombres dudaban si lo eran. A un lado de lo más alto estaba la fuente Helicona, y della salia volando una pintura del caballo Pegaso, con tanta perficion hecha que todos aguardaban á ver si relinchaba para discernir si era natural ó pintado. En lo más alto desta montaña estaba un Sol que mostraba ponerse, por dejar reinar esta noche la Luna, y ser cosa que de derecho le tocaba. Más abajo, en el medio de la montaña, estaba Apolo con las nueve Musas, con instrumentos en las manos: Apolo en medio con una arpa, las cuatro Musas á un lado y las otras á otro. Todas tenian diferentes instrumentos, cual cítara, laud, corneta, flauta, biguela, violon, guitarra, salterio y cornamusa. Apolo estaba cercado de rayos de fuego, y más abajo de Apolo, en un cóncavo de la montaña estaban Cupido y Psiquis: él en el referido traje, y ella con una basquiña de velo de plata muy bien prensada, y sobre el cuerpo una vestidura como diosa de velillo encarnado; su rostro cubierto de otro velo muy grande. Esta era Clara Laura, á quien desde su niñez ha criado la señora Doña Juana de Jacincourt, camarera mayor de S. A. la serenísima Infanta. Esta montaña por el Pegaso, por la fuente, por Apolo y las musas, se conocia ser el monte Parnaso, el cual tenia en sí tal perfeccion que

se podia tener por dichoso el poeta que presente se hallara, por haber visto con los ojos lo que con ellos habia leido tantas veces, y poder hacer descripcion como testigo de vista.

Estando en la forma referida, Apolo y las Musas exercitaron sus instrumentos con tal suavidad que mostraban bien ser discipulas de Apolo y ser él el maestro desta sonora capilla; y cesando las Musas, al son del arpa prosiguió Apolo solo cantando los siguientes versos.

CANTO DE APOLO

Puisant Amour, dont la naissance
caussa l'estre a cest vincurs
je veux chanter dedans mes vers
l'honneur qu'on doibt a la constance.
Gloire et honneur a Cupidon:
vive ses feux et son brandon.

—

Vous inconstans dont la voix fainte
veult couurir la deloyauté
sont yndignes qu'une beauté
jamais en veuille ouir la plainte.
Gloire et honneur a Cupidon:
vive ses feux et son brandon,

Acabado su canto Apolo, prosiguieron las Musas su música, y cantaron el canto que sigue:

CANTO PRIMERO

De Psiquis bella y de su amor vencido
oy lleva en cambio la mayor victoria
que el mismo pudo darse, y hoy Cupido
eterna fama con eterna gloria
tiene á pesar del tiempo y del olvido.
Testigos son de aquesta alegre historia
seis diosas que con varios movimientos
bajan, y con su luz soplan los vientos.
Bajad, bajad las diosas á celebrar la fiesta:
soplad, soplad los vientos.

Con el cual imploran el auxilio de las diosas y que se quisieran hallar presentes á celebrar bodas tan raras de ver, como de dos amantes verdaderos; y por ser cosa tan dificil de hallar á un verdadero amante, otros á igual fue necesario que para el amor de Psiquis fuese el mismo Amor su esposo. No se hubieron acabado los últimos versos, cuando con muy gran ruido y estruendo se vió mover de lo más alto deste monte una gran nube con muchos truenos y relámpagos; y con esta tempestad bajó abajo al suelo, y abriéndose echó de sí seis rayos para muchos de los que presentes estaban, pues causaban en ellos los efectos de rayo, hiriendo á lo de dentro de sus corazones sin ofender lo exterior. Para los demás salieron seis diosas: la estancia en que venian era muy competente para tales diosas, porque la nube era de velo de plata y muchedumbre de luces puestas de manera que no se veian y hacian muy clara lumbre y transparente. Salieron en hilera al suelo, y la nube se desapareció luego con muy grande artificio. Eran las diosas siguientes: Juno, que la representaba con mucha propiedad madamoisela de Pinoe, y á su mano derecha iba Diana con una luna en la cabeza formada de diamantes, que á no la llevar tan cerca de la cara, diera bastante luz á la sala y hiciera su oficio, mas el serle tan vecina se lo estorbó: era la Sra. D.ª Catalina Livia, la que quiso que se conociese que los poetas anduvieron errados en atribuir tres caras á esta diosa, pues era imposible hallarse otra su semejante. Seguia luego al mismo lado la diosa Flora, tan flor en sí misma que eran bien excusadas las insignias que llevaba. Madamoisela de Croy fue esta diosa. A la mano izquierda de Juno estaba Venus con una manzana de oro en la mano, que sin haberlos puesto por jueces, le ofrecian muchos segunda vez el premio: era Madamoisela de Liques la que hizo esta diosa. A su mano izquierda estaba la diosa Palas con un morrion á la antigua plateado, lleno de joyas de diamantes, los cabellos sueltos y una lanza en su mano derecha y en la izquierda un escudo con un mascaron en medio: tan diosa en su hermosura cuanto en el ser conocida por tal de infinitas gentes: esta era la señora Doña Maria Walter Zapata, que ha tomado la condicion y propiedad de

Palas, como se conoce por los muertos que se topan por sus manos sin querer mostrar su deidad en resucitar alguno. Luego le seguia la diosa Ceres, llena de espigas muy grandes con una hacha en la mano, que para que se conociese su donaire y bizarria no la habia menester: madamisela de Willerval era la postrera deste lado. Todas vestidas de velillo de plata, las sayas y las sobrevestes á la antigua, como se suelen pintar las diosas, de velillo carmesí, con tantas joyas de perlas, rubies y diamantes que era cosa maravillosa. Y lo fue tambien un bailete que hicieron con tal gracia que ganaron la de todos, á decir que si los antiguos habian sido bárbaros en adorar las diosas á quien representaban, que lo serian los presentes si lo dejaban de hacer á semejantes damas. Con esto acabaron su bailete y hicieron su reverencia y se subieron por una escalera que estaba en medio del monte, y se sentaron junto á Cupido, y se dividieron, tres á un lado y tres á otro: á saber, Juno, Diana y Flora á la derecha; Venus, Palas y Ceres á la izquierda, haciendo tan buena vista cual es facil de considerar con tales diosas. Sentadas en esta forma las Musas y Apolo siguieron su concertada música y con ella cantaron esta canción:

CANTO SEGUNDO

Ninfas que al perezoso y tardo sueño
entregaistes los ojos descuidadas,
abridlos que no es bien estar dormidas;
las horas sois; seguid á vuestro dueño.
Corred, volad, venid y concertadas
en su contento y gloria sola unidas,
entretened las vidas.
Y vosotros cupidines ingratos
salid alegres por los breves ratos
que amor pasa en sosiego
sin ofender con flechas ni con fuego.

Antes de poner fin á los versos últimos, Cupido y Psiquis se levantaron de sus asientos y por la gran escalera bajaron al suelo, dejandose á las diosas en sus puestos. En el mismo tiempo que pusieron los pies en el suelo Psiquis y Cupido, por los cón-

cavos de las peñas salieron seis meninas y dos enanas significando las Horas que venian á servir á estas bodas, y significándolo de suerte que fueron muy breves para poder considerar la perfeccion de hermosura de cada una de por sí. Bastará decir que las alas que sacaron para mostrar con la presteza que pasan, mostraban claramente ser ángeles, ó muy sus semejantes. Asi como salieron, cogieron entre sí á Psiquis, y concertadamente hicieron un gracioso bailete. Por diferentes aberturas de peñas salieron en el mismo tiempo seis cupidines vestidos como Cupido, con alas y muy justos. Estos representaron los amores, que no lo eran con perficion, por haberlos por diferentes vias. En el mismo tiempo que las Horas y Psiquis hacian su bailete, ellos asidos de las manos, en coro, teniendo en medio á Cupido danzaban y cantaban al son de muy bien acordados violines. El trage de las Horas como el de Psiquis (1) despues de acabado su bailete, habiendo sido hecho con el mayor donaire del mundo, hicieron su reverencia todos á un tiempo y se volvieron á la montaña, ocupando Psiquis y Cupido su lugar, y en otra estancia más baja que esta se pusieron las Horas á la mano derecha y los cupidines á la izquierda, acabando de perficionar la perspectiva de la montaña, que, cierto, llegó á ser tanta que se pudo muy justamente rendir gracias á la Sra. D.ª Vicenta, que con su raro entendimiento dió el alma á esta montaña y estimar el ingenio de Vincencio Vincislao, que fue el que hizo el cuerpo con no menor artificio que tal alma requeria. En este tiempo no estaban Apolo y las Musas ociosos, porque con su acostumbrada destreza y suavidad tañeron y cantaron todos juntos, señalandose entre todos D.ª Isabel de la Cámara, que lo es de la de S. A. la serenísima Infanta, que aunque era la más apuntada de Apolo, mostraba en su dulce y suave voz acompañada de mucha destreza ser la más favorecida suya, habiendo sido con ella muy pródigo de su gracia. Lo que cantaron fue este soneto:

---

(1) Parece faltan alguas palabras.

SONETO TERCERO

¿Quien llora, quien se queja, quien suspira
que enternece las piedras su lamento?
No me acordaba que es un descontento
que le llaman Amor y es la mentira,
que tiene fuego y que con flechas tira.
No lo puedo creer: es vano intento
afirmarlo el usado sentimiento,
mas la razon de su maldad me admira.
Que persuade á las veces con engaños,
ó quiere por lo menos el fingido;
pues pague como falso y loco amante;
que el tiempo nos ofrece desengaños,
y la boda de Psiquis y Cupido
el verdadero amor, la fé constante.

No le dejaron acabar, porque en el ínterin que se bajaban Psiquis y Cupido con las seis diosas, ocho Horas y seis cupidines, poniendose las seis diosas, Psiquis y Horas todas juntas en cinco hileras de á trés y los cupidines en la forma primera dando fin las Musas, dieron principio á su bailete las diosas, en el cual mostraron que las damas cualquiera accion que hagan, la hacen con tanta deidad que no sabemos los que las miramos hacer ni decir otra cosa sino maravillarnos y quedarnos atónitos, dándo esto por alabanza.

Acabado el bailete y hecha su reverencia, se fueron las damas y meninas á sus lugares, permitiendo á los siguientes galanes los tuvieran con ellas. Con la Sra. D.ª Catalina Livia Don Alonso Pimentel; con la Sra. D.ª Maria Walter Zapata Don Diego de Mexia; y el Marqués Lanz con madamisela de Liques; D. Francisco de Ibarra y D. Luis Lasso con madamoisela de Croy; el Conde de Henin y el Baron de Cebenberghe con madamoisela de Villerval y el Conde de Fontenoe, todos tan bien vestidos y ricamente aderezados cual es conveniente en presencia de tan grandes Príncipes y fiestas semejantes. Estando todos sentados en la forma referida, mandó S. A. se diese principio al sarao dando este cargo al Duque de Umala, que salió con la dama que estaba en lugar á guiar un brande, danza muy usada en estos Es-

tados. Este acabado se danzaron otras muchas danzas diferentes. Y porque el gusto de fiesta tan solene no daba lugar á considerar el tiempo y haber pasado de las dos, se levantaron SS. AA., dando con esto fin á la fiesta y principio á discurrir en alabanza de ella, quedando todos tan cortos como lo quedé yo en esta relacion.

VII

Monasterio de San Juan de Ortega, y especial virtud de este santo.

Cuatro leguas al Oriente de Burgos, tiene su asiento, cerca del camino de Villafranca de Oca, el Monasterio de S. Juan de Ortega, en campo alto y despoblado. Lo fragoso del contorno fue ocasion, escribe el R. P. Florez, de gozar este santuario, porque compadecido el glorioso Padre S. Juan de Ortega de los trabajos que ocurrian allí á los caminantes, especialmente peregrinos, por ser camino de Santiago, y amando el santo la soledad, le escogió para propia y agena utilidad donde vivió y murió. Mas como todo esto provino de su caridad y solicitud, conviene saber algo de su vida, que se relaciona con el hecho á que se refiere en esta carta la Infanta.

A unas dos leguas de Burgos, en el lugar de Quintana Ortuño, vivia el caballero Vela Velazquez casado con una señora llamada D.ª Eufemia, los cuales cumplieron veinte años de matrimonio sin tener sucesion; pero insistiendo en oraciones, les dió el cielo un hijo escogido por Dios para ser padre de muchos, á quien pusieron el nombre de Juan, cuyo nacimiento fue en el año de 1080; y despues tuvieron otros vástagos. Desde muy joven fue Juan devotísimo y muy dado á las sagradas letras. Llevado de su ardiente espíritu religioso, fue á visitar á Santo Domingo de la Calzada, que por entonces ilustraba la Rioja con muchas virtudes y milagros, haciendose Juan de resultas de esta visita sacerdote. Sucedieron poco despues en Castilla los desórdenes y sangrientas guerras civiles producidos por el infortu-

nado y malavenido matrimonio de D.ª Urraca con D. Alfonso el Batallador. Huyendo de tantas calamidades se fué Juan á Jerusalen, repartiendo su hacienda entre varios labradores, permaneciendo más de un año en los Santos Lugares y volviendo á España con muchas reliquias que recogió en su viaje. No fue este del todo feliz, pues viniendo á España por mar, le sorprendió una furiosa tempestad, que merced á sus oraciones, segun se refiere, se apaciguó súbitamente; por lo que ofreció que si llegaba con felicidad á su patria, edificaria una iglesia con advocacion de S. Nicolás de Bari, de quien era muy devoto. Cumplió el santo su voto y levantó una capilla en el antedicho desierto de Montes de Oca, donde se escondia gente facinerosa para robar y matar impunemente á los caminantes. Agregaronse al Santo para realizar su humanitario propósito varios compañeros, deseosos tambien de apartarse del mundo. Mil contratiempos y desgracias sufrió este beato durante la construccion de su obra, porque los ladrones que por allí pululaban, le robaban los materiales y destruian poco á poco lo que iba edificando. Al fin con limosnas y constancia logró terminar la capilla de S. Nicolas y una casa para recibir peregrinos, consiguiendo hacer camino franco el que era ántes refugio de ladrones. Instituyó mas adelante una comunidad, con Regla de S. Agustin, que llegó á prosperar notablemente recibiendo muchas mercedes y donativos de Reyes y nobles y logrando que el Papa Inocencio II la recibiese bajo su proteccion, concediendole un breve en que se enumeraban los privilegios que otorgaba al monasterio, denominado entonces S. Nicolás de Ortega, cuyo abad era nuestro santo. Falleció este el 2 de Junio de 1163, siendo enterrado en su capilla y numeroso el católogo de los milagros que en su vida y despues de ella, se refieren en las historias. Sin entrar en otros curiosísimos detalles, apuntaremos que la Reina Católica D.ª Isabel visitó aquel santuario en 1477 *con motivo de tener siete años de esterilidad y oir que el santo era especial mediador en esta falta, como lo esperimentó por sí misma*, pues al año siguiente empezó á tener frutos, dando á luz al Principe D. Juan y en el siguiente á doña Juana. Tanto agradeció aquella piadosa Reina

estos favores, que viendo cuan pobre estaba aquella capilla contribuyó poderosamente á reedificarla y alhajarla.

VIII

Laudatio funebris Isabellæ Claræ Eugeniæ Hispaniarum Infantis, etc. (Escudo de armas reales de España). Cum licentia.—Compluti.—Apud Mariam Fernandez, typographam Universitatis.—Anno M. DC. LV.

Sigue á la portada la dedicatoria «Philippo Quarto Hispaniarum, Indiarum, etc., Regi Catholico», firmándola el autor en esta forma: «Maiestatis tuæ-humillimus cliens-Robertus Grantus Anglus Societatis Iesu». Siguen las licencias y aprobación.

En la página 7 hay otra extensa portada en que se lee:

Oratio funebris habita in memoriam immortalem incomparabilis Heroinæ Isabellæ Claræ Eugeniæ, Hispaniarum Infantis, filiæ Philippi Secundi, Hispaniæ, Indiarum &. Monarchæ potentissimi; Neptis Caroli Quinti Imperatoris, Inuicti; Sororis Philippi Tertii; Philippi Quarti (cui Nestorios apprecamur annos) amitæ...

Dicta est ab auctore in templo celeberrimi Seminarii Andomarensis în Artesia, fundati à Piæ Memoriæ Philippo secundo, ad juventutem anglicanam nobilem, et catholicam ingenuis literis excolendam sub disciplina Patrum Societatis Iesu.

Auctor P. Robertus Grantus Anglus eiusdem Societatis. Dixit anno salutis 1634. Dominica postrema post Pentecostem.—(Al dorso): Apparatus templi Seminarii Audomarensis in exequiis honorariis Serenissimæ atque æterna memoria dignissimæ Principis Isabellæ Claræ Eugeniæ.—(Refiere que el templo estaba todo revestido de negro con pinturas é inscripciones alusivas al objeto.) A continuación: «Laudatio funebris», con un cumplido elogio de las virtudes, vida y costumbres de esta ilustre Princesa, que por su mucha extensión no es posible reproducir aquí. Al fin añade: «Placuit annectere præclarissimæ Heroinæ Epitaphium depictum, quod cenotaphio præfixum est grandibus characteribus in hæc verba descriptum:

Isabellæ Claræ Eugeniæ
Piissimæ
Siderum Austriacorum Cynthiæ
Nobilissimæ sui seculi Principi:
Naturæ, virtutisque Pandoræ
Belgii deliciis, terrarum orbis amori:
Patriæ Matri:
Tot Catholicorum Monarcharum abnepti:
XII Imperatorum auito sanguine prognatæ:
Regiæ Valesiorum in Gallia stirpis
ultimo germini:
Cunctis ferè Europæ Principibus
cognatione coniunctæ:
At generis ornamenta omnia
Immortalium splendore virtutum
Supergressæ:
Christianorum Principum
Exemplari:
Tot Isabellis
Cœlo transcriptis Pari
Seminarium Anglicanum
Mœrens posuit
Matri suæ.
Anno a partu Virginis MDCXXXIV.

IX

Serenissimæ Principis Isabellæ Claræ Eugeniæ, Hispaniarum Infantis, laudatio funebris dicta ab Avberto Miræo Bruxellen. S. T. L., decano et vicario generali Antuerp. in exequiis honorificè celebratis à clero, senatu ac populo, in Basilicâ cathedrali, die XXIX Januarii MDCXXXIV.—Antuerpiæ: Ex officina Plantiniana Baltasaris Moreti.—MDCXXXIV.—(Un vol. 4.°, 6 hojas preliminares, 50 de texto y 3 al fin sin numerar).

Vistió (escribe) muerto su marido, el hábito de Santa Clara.

«Altero itaque post Alberti obitum die, suâ sponte, nemine hortante aut suadente (ut ab eodem P. Andreâ ipsemet accepi) comam omnem ornatumque deposuit, capillitium per unam, quæ à cubiculi curâ erat, sibi præscindi iussit; principales, quas habebat vestes, exuit, medioque in luctu de sua magis salute quam de hominum sermonibus aut iudiciis sollicita, cineritiam S. Claræ tunicam induit; funiculo, monialium more et instituto, se cinxit, et ex funiculo Rosarium, ut nuncupant, ad pensum Deo ac Deiparæ quotidie solvendum, velut monile quoddam pretiosum suspendit. Nec his contenta, anno proximè sequenti, mense Octobri, tertio Ordini S. Francisci nomen dedit, seque talem esse professa est.»—(Sigue refiriendo á grandes rasgos su vida, sus virtudes y sus dobles ocupaciones religiosas y políticas. Su caridad, su prudencia, su mansedumbre, hicieron que se la apellidase por sus contemporáneos *Amor et deliciæ generis humani.*

X

El retrato de la Infanta Doña Isabel Clara Eugenia, joven, que figura en esta Correspondencia, es el que con el número 1.033 consta en el *Catálogo de los cuadros del Museo del Prado de Madrid*, por D. Pedro de Madrazo. Es del famoso pintor Alonso Sánchez Coello, que nació á principios del siglo XVI y murió en Madrid en 1590. Represéntase en él á la hija mayor de Felipe II, en pie, con el brazo derecho en el respaldo de una silla y la mano izquierda naturalmente caída, con un pañuelo en ella. Edad como unos once ó doce años. Lleva saya entera blanca con labores de oro y al peto y en la falda gruesa botonadura de oro y piedras finas. Más de medio cuerpo y tamaño natural.

El otro retrato, que representa á la Infanta vestida de religiosa á la edad de sesenta y cinco ó sesenta y seis años, con la mano derecha apoyada en un libro que está sobre una mesa, y la izquierda pasando las cuentas de un rosario, está tomado de la

rarísima obra titulada *Le Sacre mausolée ou les parfumes exhalants du tombeau de la Serenissime Princesse Isabelle Clxire Eugenie*, par le P. Fr. Iean Iacques Courvoisier, minime bourguignon. A Bruxelles.—Chez François Viuien.—1634: (Un año después del fallecimiento de S. A.)—Un vol., 8.° El facsímil colocado en la portada de este libro, es el de la firma constante de la Infanta.

XI

Por conducto del sabio académico el R. P. Fita he recibido las siguientes interesantes noticias que ilustran y confirman el texto de la carta de la Infanta Isabel, número 178 de esta Correspondencia, relativas á la fiesta celebrada en Bruselas en 1610 en honor de San Ignacio de Loyola.

Doy mis más rendidas gracias por este señalado favor, tanto al referido Padre como á los de la misma ilustre Compañía que me han facilitado estos datos.

Extracto de las cartas ánuas del año 1610, publicadas por el Colegio de Bruselas. (Traducción del latín.)

«A las primeras vísperas de la festividad (30 de Julio) asistieron los Serenísimos Príncipes con toda su corte y capilla de música. En medio del templo se había erigido un altar muy elegante debajo de un pabellón regio donde estaba expuesta la nueva estatua del Beato Padre nuestro Ignacio, con otra de Nuestra Señora de Asprocolle, formada de madera de encina de la foresta de aquel nombre. Al día siguiente, 31 de Julio, después de haberse celebrado la Misa solemne, vieron los Serenísimos Príncipes y con ellos toda la ciudad de Bruselas á tres Padres muy ancianos, los cuales habían gozado del consorcio y familiaridad suavísima de nuestro Beato Padre. Eran todos ellos celebérrimos por sus virtudes singulares en toda la Compañía: el Rev. P. Oliverio Manareo, el Rev. P. Francisco Cóster, el Rev. P. Eleuterio Pontano, faltando el cuarto, conviene á saber el Rev. P. Enrique Sommail, que había permanecido en casa por causa de enfermedad y fué suplido por el Rev. P. Provincial Francisco Gleran-

tino. Los tres viejos pusieron el hombro y las trémulas manos y el encorvado cuerpo debajo del peso glorioso ó de la estatua de nuestro Beato Padre.»

(Annuæ 1610, Colleg, Bruxell.)

«Primis vesperis interfuere Sereniss. Principes cum tota aula, musicorum archiducali choro admodulante. In templi medio erectum erat sub regio conopæo altare perelegans, in quo nova B. P. Ignatii statua cum altera ex quercu aspicollensis Divæ ad populi devotionem erat exposita. Post celebratum postridie sacrificium viderunt Sereniss. Principes et cum illis simul tota civitas Bruxellensis tres grandævos Patres, qui suavissima B. P. Parentis N., dum esset superstes, usi fuerant familiaritate et consortio. Fuere illi tota Societate ob singulares virtutes celeberrimi. R. P. Oliverius Manareus, R. P. Franciscus Costerus, R. P. Eleutherius Pontanus, nam quartum, quem etiam tenet provincia Belgica, R. P. Henricum Sommalium, huc evocatum, domi ægritudo detinuit. Isti ergo fatiscentes senio humeros tremulosque artus glorioso ponderi, hoc est statuæ B. P. N., supposuerunt. Supplevit quartum Somalium R. P. Provincialis Franciscus Florentinus.»

Datos biográficos.

P. Franciscus Costerus Mechliniensis, natus 1532, 13 Junii, ingressus 1552 Coloniæ. Romæ studuit theologiæ annos 3. Sacerdos factus Romæ 1556: profes. 1564, 10 Decemb. † 6 Nov. 1619.

P. Eleutherius Pontanus, insulensis, natus 1528, 27 Oct., admissus 1551, sacerdos factus Romæ sub Paulo IV, profes. 4 votor. 1564, 17 Febr., † 30 Januar. 1611.

P. Henricus Sommalius, dionantensis, natus annos 69, ingres. Romæ 1551, sacerdos factus 1560, professus 4 votor. 1569, † 1619 30 Martii.

P. Oliverius Manareus 3 April. 1563 scribit, ut Rector Laureti, de se: Nato a Duaco, Atrebatens. Diœcesis, in Flandria, entrò nel 1551 nella Compagnia (jam sacerdos erat) Pariggi, et si ritruova havere appresso 40 anni. Ergo natus anno 1523. In-

gressò Sept. 1551. April 1560 dicit se natum esse 1526, circa 34 annos. 1 Nov. 1551 sub communione Misæ feci i voti, et entraï poi in Pariggi per mezzo del P. Maestro Giovanni Viola, Rettore del collegio parisiense, il die di Natal, o cerca, del medesimo anno, et al età di 24 anni o pocho più. Ita ipse. Ergo Dec. 1551 24 ann., natus 1527, † 28 Nov. 1614. 87 annos.

INTRODUCCIÓN

Á LA CORRESPONDENCIA DE LA INFANTA ISABEL CLARA EUGENIA CON EL DUQUE DE LERMA

Con íntima satisfacción recibí de la Real Academia de la Historia el encargo de publicar en el BOLETÍN de la misma la Correspondencia de la Infanta Isabel Clara Eugenia con el primer ministro de Felipe III, el Marqués de Denia, Duque de Lerma. Consérvanse estas cartas en la Biblioteca de la Academia, formando parte de la Colección llamada de Salazar con las signaturas *A—64* y *A—65*, en dos volúmenes en folio, encuadernados en pergamino, á que se han añadido otras encontradas en la Biblioteca Nacional y Archivo de Simancas. Todas son ológrafas, incluso el sobrescrito. Su lectura es con frecuencia difícil, no sólo por el carácter de letra, sino también porque no hay separación de palabra á palabra, mas todo seguido y unido, sin puntuación alguna ni letras mayúsculas. Tampoco hay separación de párrafos, habiéndola yo introducido para mayor claridad del texto, como asimismo algunas modificaciones en la parte menos esencial de la ortografía, que es muy variable, para facilitar la lectura. Al principio de todas las cartas está hecha la señal de la Cruz. Como escritas al correr de la pluma, y dirigidas á un antiguo y querido amigo de la infancia, no se advierte en ellas artificio alguno, sino todo es en ellas llaneza, ingenuidad y sencillez de pensamiento y de lenguaje. Hay á veces, por estos mismos motivos, párrafos obscuros por haber omitido á causa de la urgencia con que escribía alguna ó algunas palabras. Otras acontece que el pensamiento está deliberadamente velado, por tratarse de alusiones y referencias á personas ó sucesos de ambos conocidos,

y cuya inteligencia resulta incomprensible no estando en antecedentes, las más de las ocasiones por muy reservados no conocidos. No pocas veces, á pesar de la vaguedad con que está enunciado el pensamiento, he podido aclararlo, como lo he hecho, con notas.

Encantan, por lo demás, la franqueza y naturalidad con que escribe al Duque de Lerma, al que constantemente atestigua su gratitud y afectuoso cariño, por lo que se desvelaba en pro de sus intereses. No menos resalta en esta Correspondencia el profundo y leal amor que profesaba á su hermano, sometiéndolo todo á su parecer y conformidad.

Entre las numerosas cartas (1) que de esta Princesa he examinado, ningunas, ni aun las dirigidas á su hermano, son tan expresivas, íntimas y verdadero reflejo de su espíritu y sentimientos como las escritas al veterano servidor de su padre y primer ministro de su hermano. Todo en ellas es verdad y pureza de sentimiento: desde su firme y decidida esperanza en Dios, de que todo lo arreglará y dispondrá como á su servicio conviene, hasta los dulces recuerdos de su amada España, que le sirven de lenitivo en sus trabajos y adversidades. Triste y penosa herencia la dejó su padre. La soberanía de la Infanta en los Países Bajos tuvo siempre más espinas que rosas, por el estado continuo de guerra y sobresalto en que constantemente vivió, por la pujanza y osadía de los enemigos, por la tardanza en recibir las provisiones, por los frecuentes motines y sediciones militares, por la in-

(1) Tanto siendo Soberana, como, y sobre todo, siendo Gobernadora, mantuvo copiosa correspondencia con muchos de los Príncipes de Europa, ministros y consejeros, sobre asuntos generales, políticos y de gobierno, ó de mero trámite, redactándola sus secretarios y firmando sólo ella. De esta clase se conservan en el Archivo de Simancas algunos centenares de cartas, y otras muchas en otros archivos públicos y privados, sobre todo desde que quedó viuda. Así me lo escribe respecto á Simancas el celoso jefe de aquel establecimiento, mi buen amigo el Sr. D. Julián Paz, á quien me complazco en dar aquí público testimonio de gratitud por lo que me ha ayudado en mi comisión. Parte de la correspondencia del Archiduque Alberto se publicó en los tomos XLII, XLIII y otros de la *Colección de documentos inéditos:* otra parte ha quedado inédita y está desperdigada por muchas partes, siendo toda ella necesaria para el conocimiento de la historia de los Países Bajos.

disciplina y arrogancia de muchos jefes y generales del ejército, por la miseria, en fin, á que se vió no pocas veces reducida, sufriéndolo todo con cristiana resignación, con heroica conformidad. «Os confieso (escribe al Duque de Lerma) que nunca me ha parecido que soy nieta de mi aguelo ni hija de mi buen padre sino aora; porque cuanto más apretados estamos, más ánimo tengo y más cierta esperanza de que Dios nos ha de ayudar» (1).

Sus más bellos ideales, sus sueños más dorados, sus más queridas ilusiones, todos se malograron desgraciadamente: ni tuvo sucesión, ni pudo ver terminada en sus Estados la guerra, ni compartir su soberanía por largos años con su adorado primo, como llamaba de muy antiguo á su marido el Archiduque.

En medio de tantos contratiempos, confiada siempre en los divinos auxilios, no cesa en sus cartas de recordar é interesarse por los antiguos criados de su padre y suyos, por aquellas familias nobles que tanto había tratado en España, y por los buenos y leales servidores, para que fuesen debidamente recompensados, empleando á veces tal donaire y desenfado, expresando juicios tan atinados y discretos sobre personas y sucesos, que claramente revelan su gracia é ingenio. Puede también, hasta cierto punto, considerarse esta Correspondencia como un comentario constante de las guerras de Flandes en su parte más íntima y reservada, como no suelen hacerlo cronistas é historiadores.

Bajo otro aspecto no menos interesante y simpático se nos presenta la Infanta Archiduquesa como autora de la relación de su largo y arriesgado viaje desde Milán á Bruselas, atravesando Suiza, después de su casamiento. Su amor á la contemplación de la naturaleza, su afición á la fauna y á la flora de los diversos territorios por donde caminaba, su espíritu reflexivo para el estudio de las costumbres y su valor y serenidad en los peligros se hallan perfectamente reflejados en esta relación, escrita con tal color de verdad, de llaneza y de gracejo natural, que se lee con verdadera delectación.

---

(1) 22 de Mayo de 1604.

Ningún historiador moderno ha llegado á reunir tantos y tan positivos datos sobre la vida de la Infanta Isabel Clara Eugenia como el insigne Mr. Gachard, especialmente en su Introducción á las *Lettres de Philippe II á ses filles*. No es, por tanto, de extrañar que, deseando yo divulgar los más salientes rasgos biográficos, no escribir una biografía, de tan excelsa como virtuosa Señora, é ilustrar muchos pasajes de esta Correspondencia, haya tomado para ello tan fiel y seguro guía como aquel reputado escritor belga, extractando lo más interesante de su trabajo sobre este punto, sin haber dejado por mi parte de añadir no pocas noticias por mí encontradas.

Las Infantas doña Isabel y doña Catalina fueron hijas de la tercera mujer de Felipe II, Isabel de Valois.

Isabel nació el 12 de Agosto de 1566 en Valsain (1), siendo bautizada el 25 del mismo mes en la capilla de Palacio por el Nuncio Juan Bautista Castagna, Arzobispo de Rossano. Extraordinario júbilo causó este nacimiento en toda la Corte, y el mismo Felipe II dijo á los que le rodeaban que se consideraba el Príncipe más dichoso de todo el mundo, y más feliz aún por haber tenido hija que hijo. En los mismos términos se expresó la Reina con el Embajador de Francia Forquevaulx. Fué su padrino el Príncipe D. Carlos, y su madrina la Princesa doña Juana, hermana del Rey. Túvola en la pila bautismal el memorable don Juan de Austria, y vió la ceremonia desde una ventana secreta el Soberano. Pusiéronla los nombres de Isabel Clara Eugenia, el primero en memoria de la Reina Católica, abuela de Carlos V; el segundo, por haber nacido el día de Santa Clara, y el tercero por un voto que había hecho la Reina al ver á su paso por Getafe el 14 de Noviembre del año precedente el cuerpo de San Eugenio (2), que era conducido á la iglesia de Toledo.

---

(1) En el bosque de Segovia, lunes, á las doce horas y tres cuartos, algo más pasada la media noche. Véase *Le passetemps de Jehan Lhermite*, tomo I, pág. 304.

(2) El cuerpo de este santo yacía en la Abadía de Saint-Denis; y Carlos IX, á instancia de Felipe II, le donó á la iglesia metropolitana de Toledo; así lo explica Mr. Gachard.

Habíase mostrado la naturaleza en extremo liberal para Isabel. El citado Embajador Forquevaulx hace de ella tal retrato, que debió regocijar profundamente el corazón de la Reina, su abuela. «Ne le dis point par flatterie (escribe á Catalina de Médicis); mais elle est fort belle, le front large, le nez un peu grand, comme celluy du père, dont elle ne ressemble de la bouche, encore qu'on la trouve un peu grandette. Bref, ses traits et son teint promettent une grande beauté et blancheur.» Y pocas semanas después escribía á la misma augusta dama: «L'Infante est belle comme le beau jour.»

En 10 de Octubre de 1567 la Reina Isabel de Valois tuvo otra hija, que en recuerdo de la Reina madre de Francia, se llamó Catalina; y al año siguiente, hallándose de nuevo embarazada, falleció el 3 de Octubre de 1568. Por este infausto suceso la Duquesa de Alba, Camarera mayor de la Reina difunta, quedó encargada del gobierno de las Infantas, cumpliendo este deber con la mayor solicitud y esmero y escribiendo frecuentemente á Catalina de Médicis (1) los progresos de sus nietas. En una de sus cartas (2) la decía: «No diré mas de que S. A. está tan buena, que si alguna cosa puede aliviar el trabaxo que Dios a sido servido de dar á V. M. y á estos reinos (3), es ver á S. A., porque habla muy mucho, y entiende tanto que aun ayer preguntábamos á S. A. que qué era; y dixo que era española y francesa, y aprende á hablar la lengua, dice que para escribir a aguela una carta, que se holgó mucho con la de V. M.» Otra vez, á principios de 1570, escribía á la Reina madre: «Cierto, hay para asombrarse viendo lo que saben SS. AA. y particularmente la señora Infanta D.ª Isabel. Persuadida estoy de que cualquiera que la vea, la tendrá por de mucha más edad, porque es la criatura

(1) Véase el interesante y erudito trabajo de Mr. A. Morel-Fatio, publicado poco ha en el *Bulletin Hispanique*, titulado *La Duchesse d'Albe doña Maria Enriquez et Catherine de Médicis* (Octubre-Diciembre 1905), donde han visto la luz las cartas autógrafas de aquella ilustre señora, dando cuenta á la Reina de Francia del estado de salud de su hija la de España y de los progresos de sus nietas.

(2) De 20 de Marzo 1569.

(3) Por la muerte de la Reina Isabel de Valois.

más adelantada para su edad que yo he visto y la más felizmente dotada.»

Por haberse la Duquesa retirado de la Corte con la debida licencia, Felipe II la reemplazó con doña María Chacón en concepto de gobernadora de las Infantas: y no habiéndole dado Dios hijos, trató de contraer nuevas nupcias eligiendo al efecto á la Archiduquesa Ana, hija primogénita del Emperador Maximiliano, la misma que había sido prometida del Príncipe D. Carlos. El contrato de matrimonio se firmó en Madrid el 14 de Enero de 1570.

Cuando se recibió en Madrid la noticia de la llegada de la nueva Reina á Laredo, la Infanta Isabel, que á la sazón contaba apenas cuatro años de edad, se deshizo en lágrimas, habiendo sido preciso encargar á las mujeres de su servicio (según escribía Forquevaulx) que la persuadiesen de que era su propia madre, «lo cual será dificil, porque tiene un espíritu y juicio como una niña de quince años.» Llegada la Reina á Palacio, le fueron presentadas las Infantas por su tía la Princesa doña Juana; quisieron estas besarla la mano y no lo permitió, abrazándolas con grandes muestras de cariño. Tratólas desde entonces como hijas, y bajo su cuidado prosiguieron su educación. Solamente se quejaba el Embajador francés de que no sacasen con más frecuencia á las Infantas á respirar el aire del campo, á causa de que la Reina apenas salía de su aposento, pareciendo su Corte un monasterio de monjas.

Había hecho la Emperatriz doña María, cuando vino viuda á España en 1581 y desde su llegada á Portugal, repetidas instancias con el Rey su hermano, para concertar el casamiento de la Infanta Isabel con el Emperador Rodolfo. Consintió en ello Felipe II, pero sea que éste impusiese condiciones que no agradaron al Emperador, ó que Rodolfo exigiese, según rumor del tiempo, que la Infanta le aportase en dote algún territorio de la monarquía española, es lo cierto que este proyecto se deshizo del todo.

Menos dificultades tuvo el de la Infanta doña Catalina, Princesa, que según el Embajador veneciano, Matteo Zane, no era

ni tan bella ni tan graciosa como su hermana, pero sí más alegre y jovial. Sabido es que casó con el Duque de Saboya Carlos Manuel, firmándose el contrato de matrimonio en el Palacio de Chambery el 24 de Agosto de 1584.

Felipe II salió de Madrid para celebrar Cortes en Aragón y efectuar el matrimonio de doña Catalina el 19 de Enero de 1585, acompañado del Príncipe y de sus dos hijas, pasando por Zaragoza y Barcelona. Desde esta ciudad los Duques de Saboya se embarcaron para sus Estados. Pocos años de vida concedió el cielo á la alegre Princesa doña Catalina, ocurriendo su fallecimiento en Turín el 6 de Noviembre de 1597.

El Rey, después de terminadas las Cortes de Monzón y de visitar Valencia, volvió á Castilla con el Príncipe y la Infanta Isabel en la primavera de 1586, y en Mayo de 1596 celebró de nuevo Cortes de Aragón en Tarazona (1).

Preocupaba por entonces á Felipe II, después del fallecimiento de Enrique III de Francia, la idea de coronar por Reina de esta nación á su hija primogénita, á cuyo efecto había socorrido la Liga con armas y dinero, hecho entrar en Francia con escogidas tropas á Alejandro Farnesio, distribuído pensiones, prometido dignidades á los personajes más influyentes del partido católico y nombrado para las negociaciones á los más hábiles diplomáticos para que ante el Parlamento de París «fundaran en derecho los que sabeis que tiene la Infanta mi hija mayor á aquella Corona.»

No logró el Monarca español realizar ninguna de las varias combinaciones que se había propuesto; el Parlamento se opuso y Enrique IV decidió convertirse al catolicismo, abjurando en 25 de Julio de 1593 y subiendo al trono francés. No por esto desistió Felipe II; propúsose fomentar la guerra con Francia para sostener su pretendido derecho, como la sostuvo con sucesos diversos durante cuatro años, hasta la paz de Vervins, concertada con Enrique IV el 2 de Mayo de 1598.

---

(1) V. las Relaciones de estos dos viajes de Felipe II, escritos por H. Cock, archero de su guardia.

Cumplía próximamente por entonces veintiocho años la Infanta doña Isabel. Ya durante las negociaciones de París había proyectado casarla con el Archiduque Ernesto, pero tampoco esta idea pudo realizarse, por haber éste fallecido en Bruselas el 20 de Febrero de 1595. Residía por entonces en la Corte de España, como Embajador de Venecia, Francisco Vendramin, el cual, dirigiéndose al Senado de la Señoría, se expresaba así acerca de la Infanta Isabel: «La Princesa es de rara y suprema belleza, pero comienza á decaer con los años, habiendo perdido el mejor tiempo de su vida. Así cuando anualmente se celebra su natalicio, acostumbra decir donosamente que el número de sus años es ya tal que valdría más disimularlos que celebrarlos. Es una señora de eminente virtud, y que lleva una vida tan retirada como una religiosa. Su padre la quiere mucho y con frecuencia la comunica los negocios más importantes de Estado.» Era en efecto Isabel objeto de toda la predilección de su padre, el cual viendo que á más andar se le venía la muerte, resolvió en Septiembre de 1597 casar á la Infanta con el Archiduque Alberto y darla en dote la soberanía de los Países Bajos.

Consultado el proyecto con los interesados, Consejos, caballeros del Toisón y principales señores de aquellos Estados, todos lo acogieron favorablemente (1).

El 6 de Mayo de 1598 firmó Felipe II las cartas patentes de donación, que constan de doce artículos, y con la misma fecha firmaron el Príncipe su consentimiento (2) y la Infanta la aceptación, dando también ésta en 30 de Mayo poder al Archiduque Alberto para que en su nombre tomase posesión del país del que era Gobernador general, y conformándose éste por su parte, con las intenciones del Rey depuso en el altar de Nuestra Señora en Hal su sombrero y demás insignias del cardenalato, y convocó

---

(1) No faltaron algunos personajes que se opusieron á este propósito, exponiendo las razones que para ello tenían en un papel por entonces muy leído, titulado «Discurso sobre que no se despropie S. M. de Flandes para dote de la Infanta». Manuscrito de la Biblioteca Nacional.

(2) En 1.º de Febrero de 1601 confirmó Felipe III, en Valladolid, la cesión de dichos Estados.

el 26 los Estados generales (1). Reunida la asamblea el 21 de Agosto en la gran sala del Palacio, la misma que había servido para la abdicación de Carlos V, bajo la presidencia del Archidu-

---

(1) El Archiduque, por su parte, dió á su madre los siguientes poderes para contratar este matrimonio y concertar todo lo á él referente hasta su conclusión:

Poder dado por el Archiduque Alberto, Duque de Borgoña, Conde del Tirol, Gobernador y Capitán general de los Países Bajos, etc., por el Rey D. Felipe II, en Bruselas, á..... (en blanco) días del mes de Julio de 1597, en presencia del escribano y testigos infrascritos: «Dixo que por cuanto S. M. Cat. habiendolo conferido y comunicado con nuestro muy Sancto Padre Papa Clemente VIII y con..... la Emperatriz, nra. Sra. y madre y el Emperador Rodolfo II su hermano, habian hallado convenir que el dicho..... Archiduque Alberto se case, segun orden de la Santa Madre Iglesia C. A. R. ligitimamente con la Srma. Sra. D.ª Isabel Clara Eugenia infante de España, hija legitima primogénita de las Magestades Catolicas del Rey D. Felipe y de la Reina D.ª Isabel de Francia, su tercera muger, nros. Señores, y Su Beatitud ha dado las disposiciones necesarias para ello, y para poder tratar del dicho matrimonio y hacer los asientos, conciertos y capitulaciones necesarias entre SS. MM. y AA. en semejante caso, es necesario dar poder á persona que representando la del dicho..... Archiduque Alberto trate de las dichas capitulaciones y en su nombre las asiente, concluya y otorgue. Por tanto..... daba y dió su poder especial y particular..... á la Mag. Ces. de su señora y madre D.ª Maria, por la gracia de Dios Emperatriz de los Romanos, etc., para poder tratar del dho. matrimonio y hacer los asientos, conciertos y capitulaciones necesarias y convenientes en semejante caso..... y pueda hacer las escrituras de promesa de arras ó donacion propter nuptias.....» Copia manuscrita de letra del tiempo, conservada como las siguientes en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia. Otro poder del Archiduque á favor de su madre la Emperatriz, dado en Bruselas, en el mismo día del anterior, «para que pueda aceptar y recibir en nombre del dicho Sr. Archiduque Alberto cualesquiera reinos, Estados, provincias y bienes feudales y obligarse á los reconocimientos, tenencias, pactos, servicios y otros derechos que por razon de los dichos bienes feudales sea obligado á hacer.....»

Poder del Archiduque Alberto para casar con la Infanta Isabel Clara Eugenia.

En nombre de la Santísima Trinidad etc..... Notorio y manifiesto sea á todos los que la presente escriptura viereu ú oyeren cómo en la villa de Bruselas, del Ducado de Brabante, á 25 dias del mes de Julio de 1597, ante mí Luis Verreyken, audiencier y primero secretario y escribano del Rey n. Sr. en sus Consejos de Estado, privado y finanzas en estos sus Estados de Flandes, y testigos de yuso escriptos, estando presente el

que, pronunció Richardot un largo discurso sobre el motivo de la reunión, haciendo mil alabanzas del Rey, de la Infanta y del Archiduque. De ésta decía: «¡Qué Princesa, buen Dios! Princesa la más religiosa del mundo, santamente educada en la casa del Rey su padre, donde no ha visto mas que toda bondad, toda honestidad, toda virtud y piedad, como si siempre hubiese estado en un claustro de Santa Clara! Y si me preguntais si es apta para gobernar, quien dudará que habiendo estado de 18 á 20 años continuamente al lado de su padre, ya viendo las consultas de las que con frecuencia hacia relacion, ya las reso-

---

Srmo. Sr. Alberto, por la gracia de Dios Archiduque de Austria etc., Gobernador y Capitán General de los Estados Bajos y de Borgoña por la Mag. Católica del Rey D. Philippe, segundo deste nombre, nuestro Señor etcétera, dixo: Que por cuanto mediante la gracia de Dios nro. Sr. y de su bendita Madre..... habiendo precedido las dispensaciones necesarias de nro. muy Santo Padre Papa Clemente octavo, y con licencia y beneplácito de las Sacras Cesareas Reales Magestades del Emperador Rodolfo II, su hermano y señor, y de la Emperatriz doña Maria, su señora y Madre, la Magestad Católica del Rey Don Phelippe el segundo, nuestro señor, y el Srmo. Príncipe Don Phelippe su hijo legitimo y sucesor en sus reinos y Estados, despues de sus largos y felicísimos días, han concertado, asentado y capitulado que el dicho Srmo. Sr. Archiduque Alberto se haya de casar y case legitimamente..... con la Srma. Sra. D.ª Isabel Clara Eugenia, infante de España, hija legítima primogénita de las Magestades Catholicas del Rey D. Phelippe..... y de la Reina D.ª Isabel, su tercera muger (que santa gloria haya)..... Y porque al presente el dicho Sermo. Sr. Archiduque Alberto se halla ausente y ocupado en graves negocios del servicio de S. M. C., á los quales no puede faltar conforme á sus cargos y obligaciones, no teniendo licencia de S. M. Cat. para hacer ausencia destos Estados y ir á España á desposarse personalmente: por tanto, en aquella via y forma que de derecho mejor y más lugar haya y pueda valer, el dicho Sermo. Sr. Archiduque Alberto daba y dió con la reverencia y acatamiento debido, todo su poder cumplido y bastante, con todas las fuerzas que de derecho en tal caso se requieren, á la Sacra Cesarea Real Magestad de la Emperatriz Doña Maria su Sra. y Madre etc. para que representando su propia persona y en su nombre y como S. A. lo pudiera hacer si estuviera presente, se pueda desposar y casar por palabras de presente que hagan verdadero y legítimo matrimonio con la dicha Serenísima Sra. D.ª Isabel Clara Eugenia, Infante de España, precediendo para ello la presencia, autoridad ó licencia del cura párrocho ú ordinario del lugar donde se hallare la dicha Serma. Sra. Infante, ó del que tuviere jurisdicion para ello, y en nombre del dicho Sermo. Sr. Archiduque Alberto pueda recibir y reciba por su esposa y legítima muger de S. A.....»

luciones sobre los mayores negocios del mundo, no tenga prudencia y experiencia para gobernar no solo los Paises Bajos, sino tambien toda la monarquía de su padre?» Después de este discurso un secretario de Estado leyó las patentes de la cesión, del consentimiento del Príncipe, de la aceptación de la Infanta y el poder del Archiduque. Respondió en nombre de los Estados generales el pensionario de los Estados de Brabante, Felipe Maes, haciendo también cumplidos elogios de los nuevos Soberanos, y manifestando que los Estados generales prestarían juramento á la Infanta en la persona del Archiduque, á condición de que recíprocamente jurase él guardar y mantener sus privilegios y franquicias. En el siguiente día, 22 de Agosto, se verificó la solemne ceremonia del juramento.

Había decidido Felipe II que el matrimonio de su hija se celebrase en España al mismo tiempo que el de su hijo con la Archiduquesa Margarita, hija del Archiduque Carlos de Gratz y de María-Ana de Baviera. En su consecuencia, Alberto partió de Bruselas el 14 de Septiembre (1), dejando el gobierno de los Países Bajos durante su ausencia al Cardenal Andrea de Austria. Dirigióse á Alemania y después de haber celebrado cerca de Praga una entrevista con el Emperador Rodolfo II su hermano, fué á reunirse en Trento con la futura Reina de España. Durante el camino tuvo noticia de la muerte de Felipe II ocurrida el 13 de Septiembre.

Desde el 29 de Octubre, viajó el Archiduque siempre en compañía de la Princesa Margarita y de la Archiduquesa su madre. El 9 de Noviembre llegaron á Mantua y el 15 entraron en Ferrara (2). A esta ciudad había venido el Papa Clemente VIII con la

---

(1) Itinerario del Archiduque Alberto en 1599 y 1600. *Bulletin de l'Acad.* de Belgique, t. VIII.

(2) Véase la «Relatione dell' entrata solenne fatta in Ferrara à di 13 di Novembre 1598 per la seren. D. Margarita d'Austria, Regina di Spagna, et del Concistorio publico con tutti li preparamenti fatti dalla Santitá di N. S. Clemente Papa VIII per tal' effetto. Con minuto raguaglio della Messa Pontificale cantata da S. Beatitudine & delle ceremonie delli sposalitii fatti nella Chiesa Cathedrale di detta cittá, domenica alli 15 del me-

mayor parte de los miembros del Sacro Colegio, para bendecir los dos matrimonios, ceremonia que se verificó el 15 en la Iglesia Mayor, desposándose el Archiduque en virtud de poder de Felipe III con doña Margarita, y después él con la Infanta Isabel, á la que representaba el Duque de Sessa, Embajador de S. M.

Continuaron su viaje el Archiduque, la Reina y su madre el 18 de Noviembre, y el 30 llegaron á Milán donde se detuvieron algún tiempo hasta concluir los preparativos de su embarque en Génova, como lo verificaron el 18 de Febrero de 1599. El viaje hasta España duró más de un mes por haberse detenido la flota que les escoltaba en Tolón y Marsella. Por fin, el 27 de Marzo arribaron al puerto de Vinaroz, en el reino de Valencia.

Muchos días antes había llegado á esta ciudad Felipe III con su hermana la Infanta Isabel, entreteniéndolos y agasajándolos en Denia y otros lugares el Marqués de este título, luego Duque de Lerma (1). En 18 de Abril, la Reina y el Archiduque fueron recibidos en Valencia con gran solemnidad, ratificándose ambos matrimonios el mismo día. Tenía entonces Isabel treinta y dos años, ocho meses y seis días; y Alberto poco menos de treinta y nueve años, por haber nacido el 13 de Noviembre de 1559.

De Valencia á Barcelona fueron estos dos príncipes con Felipe III, que iba á celebrar Cortes de Aragón. Allí se despidieron de S. M., y el 7 de Junio se embarcaron con rumbo á Génova, á donde llegaron el 18, volviendo á partir el 30 para Milán, de donde se dirigieron á los Países Bajos, atravesando Suiza y Lorena. Su entrada solemne en Bruselas se verificó el 5 de Septiembre.

---

desimo, con la ceremonia della Rosa, che S. S. finita la Messa donó á la Regina», Descritta da Gio. Paolo Mocante... Roma, Nic. Mutii.—1598: en 4.°

(1) Fué tanta la comitiva que para celebrar este fausto suceso acudió á Valencia de todas partes de España, que bastará como muestra la que llevó el Duque del Infantado.

Las personas que el Duque del Infantado llevó consigo al casamiento del Rey D. Felipe III, que se celebró en Valencia el año 1599.

Duque y Duquesa del Infantado.

El Conde de Saldaña y la Condesa D.ª Ana de Mendoza.

Después de haber atendido y ordenado los más urgentes negocios de Estado, los Archiduques, título que adoptaron en sus despachos, recorrieron á ejemplo de sus predecesores las más de las provincias, para hacerse reconocer.

Deplorable era, escribe Mr. Gachard, la situación de los Países Bajos en el momento de la llegada de Alberto é Isabel. Treinta años de guerra intestina y de guerra extranjera habían agotado todas las fuentes de la prosperidad pública. Los Archiduques hicieron cuanto pudieron para remediar los males que agobiaban al país, á que no contribuyeron poco dos hechos: la paz con Inglaterra, firmada el 28 de Agosto de 1601, y la tregua de los doce años, concluída con las Provincias Unidas el 9 de Abril de 1609 (1).

Durante el corto tiempo que duró la tregua, los Archiduques se consagraron, eficazmente ayudados por el esforzado capitán cuanto hábil político, el célebre Ambrosio Spínola, á restablecer el orden público, ordenar los impuestos, á vigorizar antiguas leyes é implantar otras para fijar invariablemente los puntos ca-

---

El Marqués de Gibraleon y la Marquesa D.ª Juana de Mendoza.
El Conde de Coruña.
El Marqués de Montesclaros y la Marquesa.
El Conde de Priego.
El Marqués de la Piovera.
El Marqués de Villalva.
D. Gonzalo Mexia, hijo del Marqués de la Guardia, y su muger D.ª María de Cárdenas.—Ruy Gomez de Silva, hermano del Duque de Pastrana.—D. Gómez Zapata, hijo del Conde de Barajas.—D. Francisco de Bracamonte, hijo de Mosen Rubí.—D. Luis Zapata, sobrino del Conde de Barajas.—D. Antonio de Córdoba.
Trajeron entre todos 173 pages y 84 lacayos.
Dábanse cada día 1.600 raciones á costa del Duque, y á 100 caballos racion. (Papel ms. del tiempo.)

(1) Véase la Relación del dinero remitido á Flandes desde la Corte y del pagado en ella por letras y asientos tomados en dicho Flandes desde 13 de Septiembre de 1598, en que Felipe III comenzó á reinar hasta 20 de Junio de 1609, en que se hace esta Relación.—Colec. de documentos inéditos, tomo 36.
V. L'histoire de l'Archiduc Albert, gouverneur et souverain de la Belgique. Cologne, 1693.—*Bochius*: Historica narratio Principum Alberti et Isabellæ.—1602.

pitales de la jurisprudencia del país, siendo uno de sus más útiles resultados el edicto perpetuo, fechado en Marimont el 12 de Julio de 1611, que fué como un nuevo código para los Países Bajos. Otorgaron también constante protección á las ciencias y á las artes, floreciendo todas vigorosamente durante su Gobierno.

El ilustre Cardenal Bentivoglio, nuncio que fué en Flandes en tiempo de la Infanta Isabel, á quien trató con gran intimidad, después de hacer en sus *Relaciones* escritas en 1611, el retrato del Archiduque Alberto con la finura y maestría que le eran características, traza el de la Infanta en estos términos: «No es menos digna de vivir en las memorias venideras con fama eterna la Infanta D.ª Isabel, su muger. Su complexion es muy semejante á la del Archiduque; predomina en ella tambien la sangre y la flema. Es de estatura ántes mayor que menor de la ordinaria de las otras mugeres, y retiene todavia en los ojos y en el rostro aquella magestuosa belleza en los años de agora, que venció á todas las otras, á comun parecer, en la hermosa flor de los pasados. Acompaña con suma gracia las proporciones de su persona, y en todo su modo se vé un no sé qué de benigno y de grandeza juntamente que tira para sí los ánimos con increible fuerza. Está agora en edad de cuarenta y seis años. Goza muy próspera salud; hace ejercicio de buena gana y se muestra amicisima de las monterias y de la campaña; y alguna vez ella misma, á caballo, hace volar los páxaros y gobierna las caças. En cuanto á las dotes del ánimo, es sin duda una de las mayores y más singulares Princesas que ha habido jamás, y bien representa al vivo en todas sus más Reales virtudes aquella gran Isabel de Castilla, cuyo nombre tiene y de cuya sangre toma la descendencia. No se puede decir cuan benigna es y cuan afable, cual liberal y magnánima, cuanto ama la justicia; más sobre todo cuan grande religion y piedad es la suya. Descúbrese en ella un celo ardiente en favor de la Iglesia, y no tiene deseo más vivo que de verla reinar por todo el mundo, especialmente en estas Provincias heréticas de Flandes..... Diriase bien de sus damas que no viven en Palacio sino en monasterio: tanto es su re-

cato y modestia. Y con todo eso por otra parte no se puede hallar Corte más magestuosa y más alegre que ésta en todas las ocasiones que se ofrecen, ya de torneos, ya de cazas, ya de otras recreaciones que se suelen gozar en las Casas Reales, como ésta en Flandes. Es un ánimo el suyo verdaderamente heroico y superior á todos los contrastes de la fortuna, y esto se conoció en particular en la desgracia del Archiduque en Neoporto, en cuya ocasion se pudo dudar muchas veces, si mostró mayor constancia en el primer aviso de la batalla perdida; ó en el segundo, que el Archiduque quedaba preso; ó en el tercero, que estaba libre, mas que se hallaba gravemente herido. Hále dexado el gobierno destos Estados, que son dotales suyos, habiendo querido liberalmente despojarse dellos, porque los negocios pudiesen despacharse con mas facilidad por mano de uno solo; y porque cuanto mayor fuese la autoridad del marido, tanto más le respetasen los pueblos. Pero el Archiduque no hace cosa que primero enteramente no se la comunique, y aun en todas se aconseja con ella y toma particular luz del soberano ingenio que le dió la naturaleza, y de la singular experiencia que adquirió en tan alta y tan memorable escuela de prudencia, como fue la del gloriosisimo Rey Felipo su padre. Y no menos hace esto el Archiduque movido del amor que recíprocamente se tienen ambos, que iguala verdaderamente y aun excede cualquiera otro más raro exemplo de afecto matrimonial. Y casi parece increible que pueden estar en dos tan uniformes los pensamientos y las voluntades, sin haberse hallado jamás que desconformen en cosa ninguna, ni que viva en sus dos pechos mas que un ánimo solo. En todo esto merece grandisima alabanza, particularmente la Infanta, que siendo Princesa destos paises y mostrando espiritu varonil y resolucion aun mayor que el Archiduque, ha querido con todo eso subordinarse tan puntualmente á las leyes del marido, que se contenta de quedar casi con solo el título de mujer. Y sin duda es mucho más querida generalmente la Infanta que no él, y tiene modos sin comparacion más amables; usa grandísima afabilidad con cada uno y ha alcanzado dones extraordinarios de la naturaleza para alzarse con los afectos de las gentes.

Y asi, á juicio comun no se podia desear mejor temperamento de Principado, si juntas en sí las virtudes de los Archiduques, se pudiese suplir algun particular defecto que se nota en el marido, con alguna particular perfeccion en que exceda la Infanta.»

De resultas de la terrible enfermedad de la gota, Alberto falleció el 13 de Julio de 1621, habiendo sufrido considerablemente de ella algunos años antes (1). Su fin fué dulce y tranquilo. Hasta el último momento conservó su serenidad de juicio y de espíritu. La misma mañana de su muerte la invirtió en hablar de negocios con Ambrosio Spínola.

Difícil sería expresar el dolor que la Infanta Isabel, la piadosa y reflexiva Isabel, como la apellida Mr. Morel-Fatio en el citado opúsculo, experimentó con la pérdida de su esposo, á quien amaba tierna y apasionadamente. En el instante en que expiró su esposo, vistió, como él, el hábito de franciscana y se retiró á una cámara obscura del palacio, pudiéndose conseguir á duras penas que no se cortase el pelo, como quería hacerlo. En este estrecho y tenebroso recinto permaneció algunos meses, negándose á recibir á cuantos lo pretendían ó por sus cargos ó por sentimiento y cortesía. Por un favor muy especial recibió al Ministro francés Pericard y á Mr. Hocquincourt, enviado por la Reina de Francia para darla el pésame de su parte. En 6 de Agosto escribía aquél á propósito de esta visita: «La hemos hallado en su reducida cámara, que más bien parece tenebrosa celda, á donde fuimos conducidos por el Marqués Spínola solo, vestida de un trage de paño gris, y cubierta de un manto negro que la cubre la cara, y que á ruego nuestro ha levantado hasta los ojos, no habiéndolo hecho hasta entonces con nadie.»

Por la muerte del Archiduque Alberto volvieron los Países Bajos, conforme al acta de cesión de 6 de Mayo de 1598, á la Corona de España; y en previsión de este suceso, Felipe III había dispuesto se confiriese á la Infanta el gobierno de estas provincias por toda su vida, con las mismas prerrogativas de que

(1) V. Puteanus: Pompa funebris optimi Principis Alberti Pii..... veris maginibus expressa á Iacobo Francquart.—Bruxelle, 1623.

había gozado siendo soberana. Inclinábase, sin embargo, su ánimo á llevar durante el resto de sus días una vida retirada, solitaria y religiosa; y fué menester insistiese mucho su sobrino Felipe IV (1) para que al fin se decidiese á aceptar el cargo. El 15 de Julio se rompieron los sellos de los Archiduques, siendo reemplazados por los de Felipe IV.

Durante la vida de su marido no se había entremetido mucho la Infanta en los negocios de Estado; pero como Gobernadora cumplió con suma solicitud y diligencia los deberes de su difícil cargo.

Habiendo caído enferma en los últimos días de Noviembre de 1633, expiró el día 1.° de Diciembre, á las cuatro y media de la madrugada (2). Amortajado su cuerpo con el hábito de la Orden Tercera de San Francisco, como el de su esposo, fué expuesto en medio de una capilla ardiente, permaneciendo en la capilla del palacio hasta el año 1650, en que el Archiduque Leopoldo lo hizo transportar á la iglesia de Santa Gúdula y mandó colocarle en la misma bóveda en la que reposaban los restos de su marido.

La muerte de la Infanta Isabel fué extremadamente sentida en los Países Bajos, que había gobernado con justicia, dulzura y moderación, estando como estaba adornada de suma piedad y de otras virtudes incomparables, á juzgar por el testimonio de sus contemporáneos, que mantendrán su nombre querido y respetado de todo el mundo. El insigne historiador de los Felipes III y IV, Matías de Novoa, dice que esta Princesa «excedió á las más venerables matronas que celebró por heroicas la antigüedad». Angel tutelar de su pueblo la denominaba el Secretario de la Legación de Francia, Mr. Brasset.

Refléjanse todas estas bellas cualidades en su Correspondencia, fiel trasunto de la bondad de su alma y de las altas dotes de su espíritu.

---

(1) Felipe III había fallecido el 31 de Marzo de 1621.

(2) Véase el Testamento y codicilo de la Infanta (Texto y notas por Mr. Piot). Compte-rendu de la Comision royale d'histoire (Academie royale de Belgique). Nombra en él por uno de sus testamentarios á Ambrosio Spínola que había ya fallecido.

Por último, el P. Fray Jean Iacques Courvoisier, que tanto la trató en sus últimos años, autor del raro é interesante libro *Le sacré mausolée, ou les parfums exhalants du tombeau de la Serenissime Princesse Isabelle Claire Eugènie, figuré sur le sepulchre du Roy David* (Bruxelles, 1634), escrito en memoria y elogio de esta señora, refiere algunos rasgos de su vida dignos de ser conocidos.

Tratando del casamiento de estos Archiduques, dice: «Ce grand Roy Dom Philippe (II) le rappella en Espagne pour allier par un sainct mariage nostre belle *Palme* a ce royal *Palmier*, le victorieux Cardinal à la genereuse Isabelle sa fille, à fin d'apporter a ces belles Provinces les doux fruicts des dattes de la paix.» El palacio de los Archiduques, añade, era la admiración de los monarcas y príncipes extranjeros, ya por la modestia de las audiencias públicas, ya por la disposición de toda su Real Corte..... porque la virtud que más suele faltar en las Cortes es la devoción, y la de Bruselas era una escuela de devoción, una academia de honor, donde los príncipes y señores, no sólo del país, sino también de lejanas tierras, tenían á gran favor poner sus hijas bajo la dirección de esta gran Princesa. El Archiduque nada emprendía sin participarlo y consultarlo antes con su esposa, porque decía que había heredado la prudencia de su padre. En el manejo de papeles era gran maestra, como quien había aprendido parte tan esencial de la ciencia de los Príncipes de tan consumado maestro como su padre el Rey D. Felipe. Su piedad era tan grande, que, aconsejándola una vez uno de sus ministros que usase de más rigor y severidad con sus súbditos, respondió: «Menester es portarse con los súbditos como deseamos que Dios se porte con nosotros; y así quien dispensa gracia á su inferior, puede esperar que Dios no se la rehusará.» Su carácter era tan dulce, afable y bondadoso, que cuantos la trataban quedaban de ella prendados. Era inagotable su caridad, y cuando no tenía dinero á mano, vendía secretamente algunas joyas para socorrer los establecimientos benéficos, los conventos de religiosos y las iglesias pobres. La tranquilidad de su espíritu no se alteraba con as pérdidas materiales. Habiendo perdido en poco tiempo las

importantes plazas de Boisleduc y de Wesel, vinieron á participarla poco después con profundo dolor la de Mastrick. A que respondió con cristiana resignación: «De todo hemos de dar gracias á Dios.» Y antes de perder estas plazas, al noticiarla su cerco por el enemigo y la poca esperanza que los sitiados tenían de ser socorridos, contestó con maravillosa humildad: «Hágase la voluntad de Dios; si él lo quiere, qué hemos de hacer; sino tener paciencia, que todo es suyo.» Bentivoglio dice de ella: «E dotada d' un animo veramente heroico é superiore a tutti contrasti della fortuna.» En prueba de ello referiremos que cuando supo el infeliz resultado de la batalla de Nieupoort, en la que el ejército católico fué totalmente deshecho, perdiéndose las vidas de muchos capitanes y soldados y todos los bagajes, y en la que se creyó había muerto en el fragor del combate el mismo Archiduque, encontrándole después gravemente herido en la cabeza por un golpe de alabarda, respondió afligida sí, pero con religiosa constancia: «De todo hemos de dar gracias á Dios. Hágase su voluntad.»

Desde la muerte de su adorado Alberto se privó de todos sus gustos, aficiones y deleites. A Mariemont, que era su paseo favorito y ordinario, no fué ya más que por necesidad.

Desdeñó la música, que siempre había sido el predilecto objeto de sus delicias y recreos, siendo su capilla la más afamada, completa y perfecta entre todas las de Europa. Despojóse de todas las pompas mundanas, trajes, joyas y adornos. No permitió ser tocada por mano de hombre, ya para ayudarla á levantarse del suelo, ya para acompañarla, subir ó bajar escaleras, etc., etc., teniendo verdadero horror hasta de la menor sombra de impudicia. Desterró de su Corte los libros amorosos, las comedias y las pinturas lividinosas. Sus actos y ejercicios piadosos y sus ayunos eran frecuentes. Oía dos misas diarias, y los días de comunión tres. Aunque extenuada por la fiebre, quiso recibir el viático de rodillas en su lecho. Acompañando la procesión del Corpus á pie, con una vela en la mano, como el sol abrasase y la propusiese una de sus damas cubrirla con una sombrilla, contestó, como su padre en análoga ocasión en Córdoba: «Este dia no hace mal el sol.»

Murió el jueves, 1.º Diciembre de 1633, á los sesenta y siete años de edad, de noche, poco antes de amanecer. No quiso que la embalsamasen.

Tenía costumbre de reunir todos los años el día de la Anunciación de Nuestra Señora (25 de Marzo) á nueve mujeres de las más pobres para darlas de comer. Primeramente las lavaba las manos antes de sentarse á la mesa; y, concluída la comida, las daba una limosna en metálico y paño para un vestido, besándolas, por fin, á todas con la mayor humildad. Presenciando un año esta acción el Duque de Sajonia, que era protestante, le afectó tan profundamente que fué causa de su conversión, según después confesó. El año 1621 tomó la Infanta Isabel el hábito de la Orden Tercera del seráfico San Francisco, día de la festividad de este Santo, de manos del R. P. Andrés de Soto, su confesor y Comisario general de la Orden; y en el de 1622 hizo sus votos y profesión ante el mismo religioso, sometiéndose á la corrección de la Orden, y quiso que se la llamase Sor Isabel, según se ve en el testimonio de la Real profesión signado de su mano. Vestida con este hábito vivió sus últimos días, y con él fué enterrada. He aquí cómo se despide de ella el autor del libro mencionado:

«Adiós, parangon de las Princesas del mundo.
Adiós, gloria de la Casa de Austria.
Adiós, honor y delicias de los Nobles y del pueblo.
Adiós, Madre y protectora de las Ordenes religiosas.
Adiós, Palladium y Genio de todos los afligidos.
Adiós, milagro y teatro de todas las virtudes.
Adiós, benigna é incomparable Princesa.
Adiós, Isabel Clara Eugenia.
Adiós, alma Real, alma preciosa, alma santa, que has sido el oráculo y el órgano de tantas bendiciones en estas Provincias, goza, goza de la Corona de la inmortalidad y de la gloria en toda la extensión de su eternidad.»

En 1841, la Real Academia de Ciencias y Letras de Bélgica, anunció para 1843 un concurso sobre el tema de la historia del gobierno de los Archiduques Alberto é Isabel en Flandes. «La época de Alberto é Isabel (decía á este propósito la Academia),

es por todo extremo notable en la historia de Bélgica. Por primera vez el país, reducido á la unidad, tuvo administración nacional. Durante este período descollaron muchos hombres notables, y ejerció poderosa influencia exterior.» Escasa aceptación tuvo este concurso, que fué varias veces convocado, hasta 1849. La Academia vió defraudadas sus esperanzas, no teniendo ocasión de otorgar el premio anunciado, y se limitó á designar, como el más meritorio de los trabajos presentados, al que llevaba por lema: *Et pius est Patriæ facta referre labor*, cuyo autor, Mr. Ch. D., lo publicó en 1847 en la colección de la Bibliothèque Nationale, con el título de *Histoire d' Albert é Isabelle.* Es obra muy ligera, deficiente y de escaso mérito histórico, si bien inspirada en buen espíritu de justicia para aquellos soberanos. «La influencia (escribe) de estos dos ilustres personajes, que fueron como los buenos genios de la Bélgica, no se limitó á la duración de su reinado. Cerraron las antiguas llagas de la patria; sobre los males no reparados aún de sus guerras, difundieron el brillo de la gloria y de la beneficencia, y su gobierno paternal, sirviendo de lección y ejemplo á sus sucesores, continuó por largo tiempo ejerciendo feliz influencia sobre el destino de los belgas.»

Es la historia de las guerras de Flandes por todo extremo apasionada y controvertida, por su doble carácter religioso y político, y por consiguiente, difícil, si no imposible, dar con el justo medio de su apreciación para que resplandezca la verdad. Así sucedió con los escritores coetáneos, y así continúa ocurriendo en los tiempos modernos, dividiéndose las opiniones y el juicio sobre personas y sucesos, según el campo, católico ó no católico en que militan. Y como de una y otra parte hubo espíritus exaltados, violencias y abusos, de aquí que persista la contienda histórica con los mismos enconos y pasiones, sin llegar á un juicio sereno é imparcial sobre aquella titánica y sangrienta lucha.

El mismo acuerdo, antes citado, de la Real Academia de Bélgica, de abrir un concurso para premiar la mejor Memoria sobre el gobierno de los Archiduques Alberto é Isabel en Flandes, fué

reciamente combatido por el partido anticatólico de aquel Estado, señalándose entre todos Mr. Ch. Potvin, que publicó un estudio sobre aquellos personajes, esforzándose por atacarlos y combatirlos á todo trance y con manifiesta parcialidad. Mas la voz y la opinión de la Academia, representante del sentido nacional, ha quedado flotando gloriosamente sobre estos y otros combates históricos, y podemos concluir con ella, que los nombres de aquellos Príncipes siguen siendo hoy en Bélgica populares y venerados.

A. Rodríguez Villa.

II

LOS JUDIOS ESPAÑOLES Y PORTUGUESES EN EL SIGLO XVII

En la sesión de la Real Academia de Bélgica, de 5 de Julio de 1905, se dió cuenta de un erudito trabajo de Mr. V. Brants, individuo de la misma Corporación, titulado *Una página de semitismo diplomático y comercial. Incidentes de la vida de Amsterdam en el siglo XVII*, según documentos inéditos. Los principales que le han servido al docto académico para su estudio, están tomados de la Secretaría de Estado y Guerra de los Archivos de Bélgica, y constituyen la Correspondencia de Richard, cónsul español en Amsterdam, con el Embajador español en la Haya, y la de este mismo diplomático con el Rey de España. Por tratarse de asunto tan interesante como poco conocido, voy á dar ligera idea de él, tan sólo para llamar la atención y dar ocasión á los que de estos estudios se ocupan con especial predilección, á fin de que lo profundicen y desarrollen, presentando por mi parte un interesante é inédito documento que con aquel punto tiene estrecha relación.

El tratado de Munster, de 30 de Enero de 1648, había restablecido, escribe Mr. Brants, la paz entre España y las Provincias Unidas, pero las relaciones de este joven Estado y la antigua